

m<sup>a</sup> aurelia capmany / colita

# antifemina



m<sup>a</sup> aurelia capmany / colita

# antifemina

---

© Copyright, 1977, Isabel Steva y M.<sup>a</sup> Aurelia Capmany  
Editora Nacional, Madrid (España)  
I. S. B. N.: 82-276-0398-3  
Depósito legal: M. 29.876.—1977  
Printed in Spain  
Impreso en Artes Gráficas Benzal  
Virtudes, 7 - Madrid-3

---

### **Unas cuantas palabras, unas cuantas imágenes**

*Las imágenes que vamos a ofrecer son, ni más ni menos, que el reflejo en el ojo de la cámara, de lo que está ahí.*

*El reflejo en el ojo de la cámara he dicho, y pongo el acento en este hecho concreto, porque no se trata de una realidad previamente ordenada, pero tampoco de lo que suelen ver los ojos distraídos del viandante.*

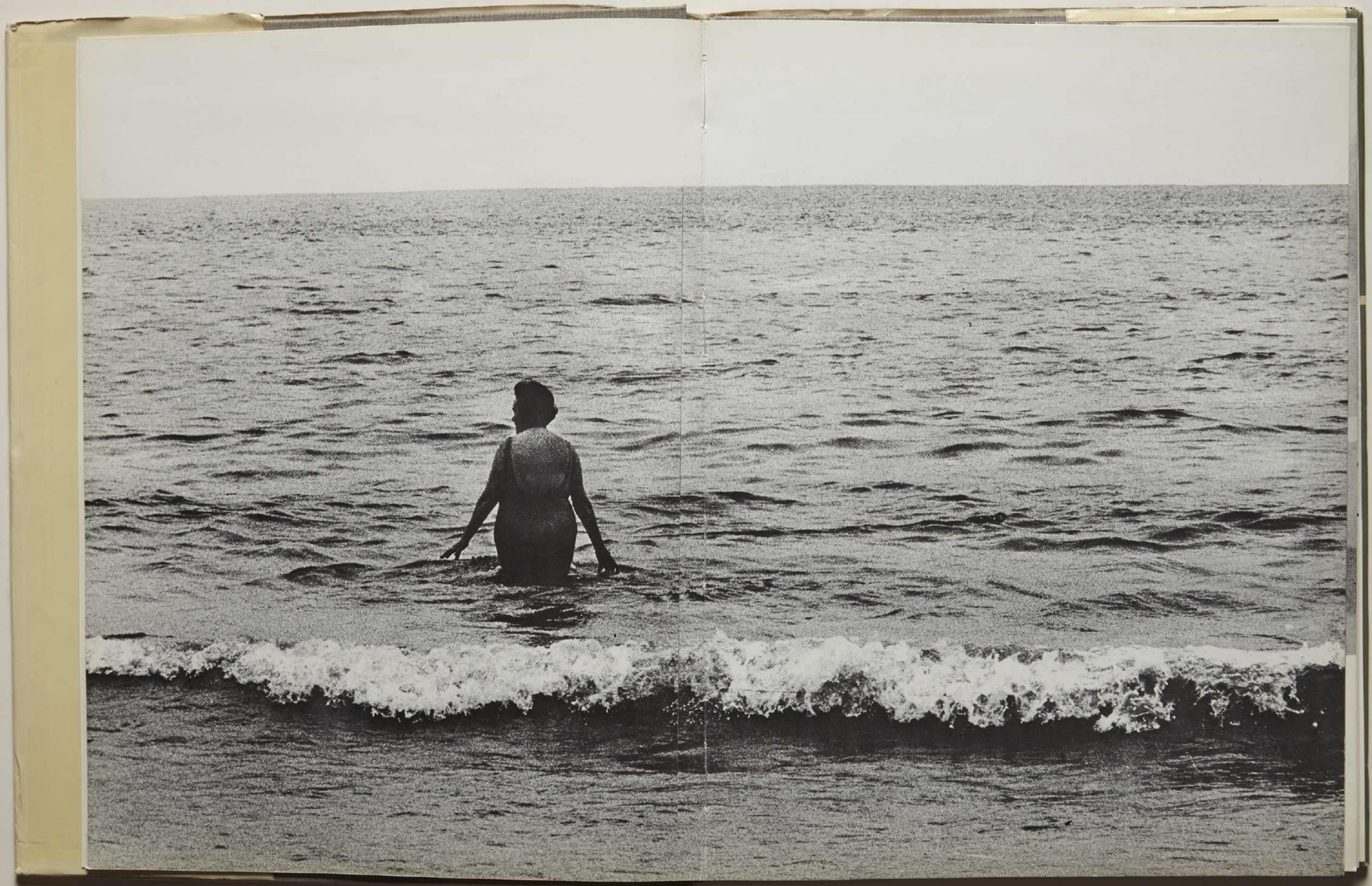
*Los ojos de la cámara existen en función de los ojos del fotógrafo, qué duda cabe, pero yo me atrevería a decir que el fotógrafo adivina y la cámara desvela.*

*La realidad está ahí, con pocas modificaciones. ¿Qué es pues lo que el fotógrafo, ese ser poderoso, cargado de maletas, se lleva de calle? Pues precisamente esto que se halla en el sustrato de la realidad, lo que la hace posible como realidad, lo que se nos ofrece para que veamos y no vemos, porque estamos distraídos con el movimiento, el nuestro y el de las cosas, con las urgencias, con la decisión de ver lo que no está ahí y hemos decidido que estuviera.*

*Las imágenes hablan por sí mismas. Y el slogan del tiempo nos explica que una imagen vale por mil palabras. Pero eso es verdad sólo en la medida en que la imagen es generadora de palabras. La misma imagen ante un buey o un loro no existe ni siquiera como imagen. De ahí que las imágenes, que ofrece el objetivo, hacen estallar miles de palabras.*

*Y éstas son algunas de aquellas palabras.*

*Hemos hecho una elección de imágenes, de una parte de estas imágenes, precisamente de aquéllas que nos aportan el conocimiento de la mujer, que jamás nos es revelada en la tópica imaginería femenil.*





*Y hemos pensado que valía la pena pensar en el reverso de la imagen de la Fémica al uso. Lo más opuesto de la muchacha-bonita-de-un-metro-sesenta-y-cinco-que-nos-adora, como diría el varón semiculto. Las mujeres que se mueven, gesticulan, viven a través de estas imágenes «tan veraces como la vida misma» son mujeres, pero no son en absoluto femeninas. ¿Es que la mujer para*



*ser mujer no tiene que ser femenina? O es que la mujer femenina es una de tantas clases de mujeres?*

*Las mujeres que circulan por las páginas de nuestro libro son biológica y culturalmente mujeres. ¿En dónde las dejó pues la historia de la feminidad? Cuando se acuñó este específico concepto de Femenidad, ¿alguien se acordó de ellas?*



*Y no vamos a barajar conceptos abstractos de belleza y de bondad, estos conceptos depasan el hecho concreto del personaje que se queda parado ante el ojo de la cámara. Desfilan mujeres bellas y mujeres feas, pero eso no importa ni poco ni mucho, porque lo que situa a la mujer, a la mayoría de las mujeres al margen del concepto de feminidad no es el canon de belleza, ni la problemática de la fealdad, es la inadecuación entre la realidad y los esquemas de la sociedad contemporánea. No se trata tampoco de bondad y maldad en la medida que nos ha aleccionado la sociedad represiva. Podemos decir tranquilamente que ni siquiera se trata de eso, porque la mujer es un ser marginado tanto si se hace monja como si se hace prostituta, tanto si envejece como si lucha denodadamente para conservar la juventud.*

*Tanto la mujer que desnuda su cuerpo bello y frágil, porque la visión paulatina de su cuerpo tiene un precio, como la mujer que siguió viviendo olvidada de su cuerpo, como la vieja que perdió definitivamente las carnes y se viste severamente de negro son mujeres. Pero no son femeninas.*





*Y nos preguntamos, si femenino es un concepto tan a menudo utilizado en sentido peyorativo, ¿no será porque femenino es una condición asexuada que tanto puede aplicarse al hombre como a la mujer y en ningún caso como auténtico elogio?*



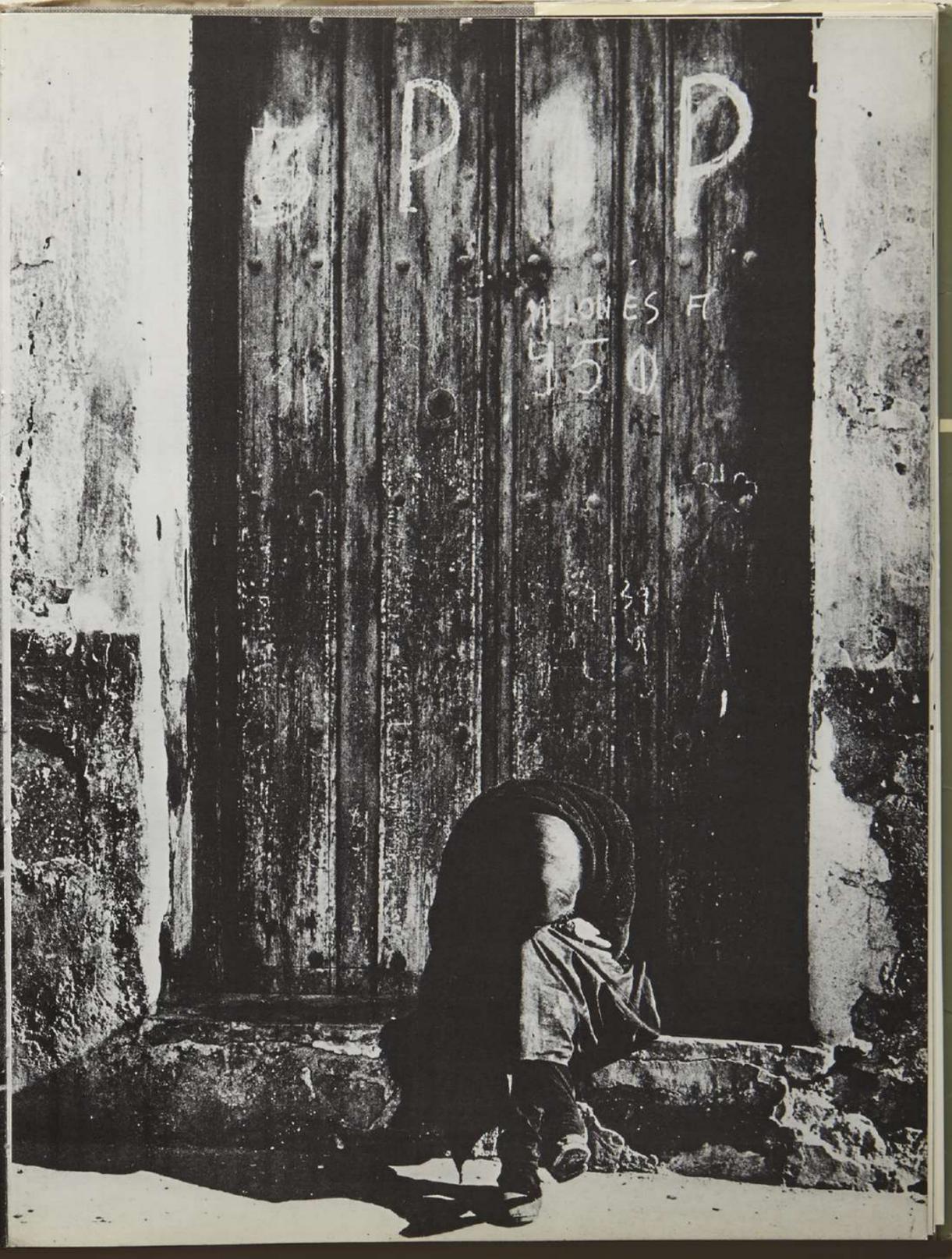
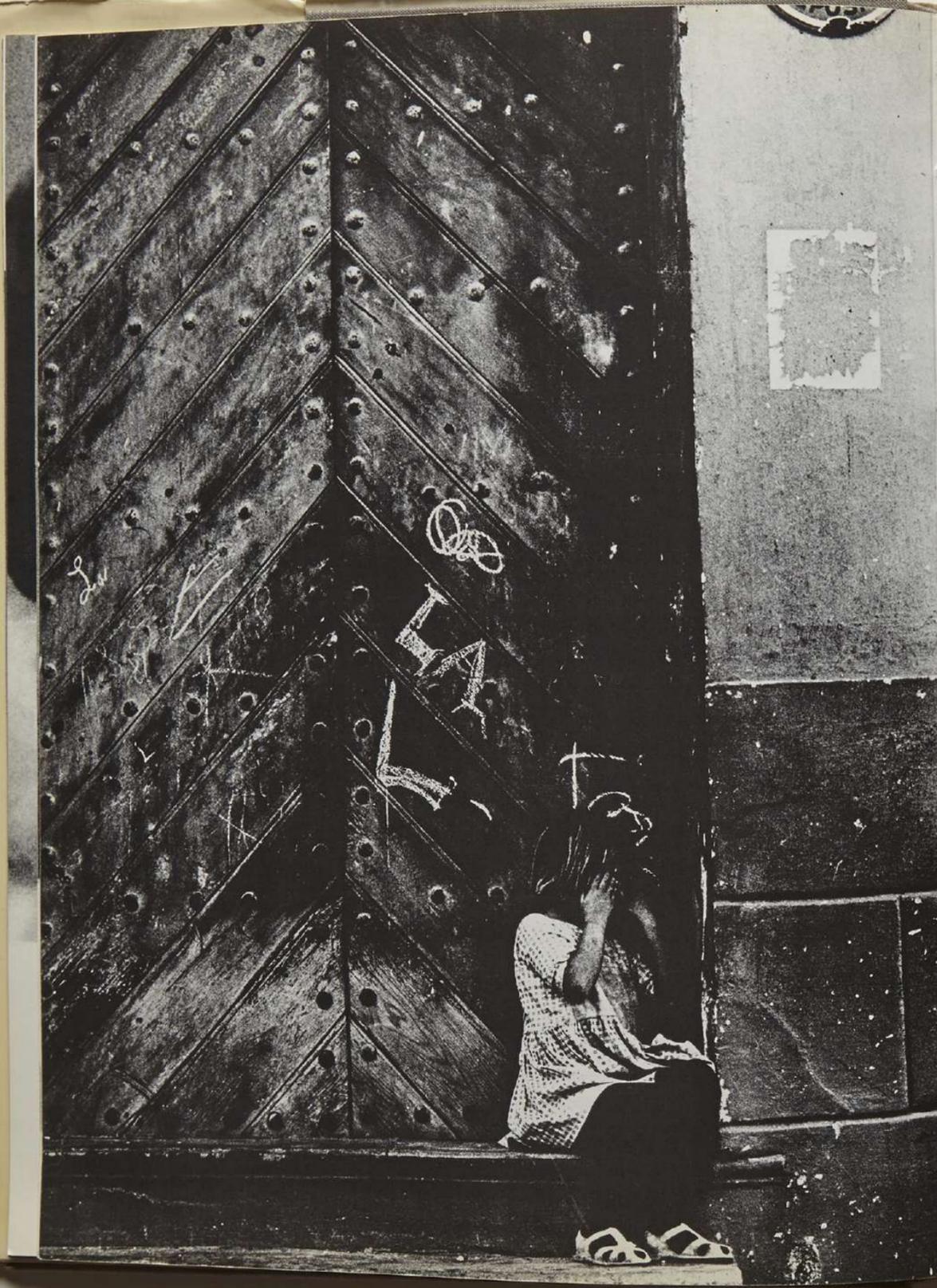
*Pero el hombre, en su acepción de macho, tiene una entidad definida, aunque sea tal entidad sólo una aproximación al ser humano. La mujer en cambio sigue esperando la evidencia de su propia realidad.*

*Y esto que vamos a ver no es otra cosa que el contacto con la realidad  
y nada hay más estimulante, más corrosivo, más revolucionario que la realidad.*



### *HISTORIA DE UNA SOLEDAD*

La infancia y la vejez se encuentran. Pero se irrumpe en la infancia y se llega, en cambio, a la vejez lentamente, a conciencia. El mundo se vuelve hostil, duro, compacto. Durante la juventud, la mujer ha vivido, podríamos decir, indultada de su marginalidad. Mientras ha sido joven, mientras ha sido objeto de deseo o sujeto maternal activo ha podido sentirse centro del mundo. Eso ya pasó. Ahora el mundo se vuelve oscuro, como en el tiempo de la infancia.



Lo característico de la infancia es lo fantasmal. Y, he aquí que lo fantasmal vuelve. Lo fantasmal es todo aquello que no puede ser previsto, que no puede ser evitado, que no puede ser comprendido. Cuando ya se sabe con toda seguridad que los armarios no se te echan encima, que las gentes desconocidas no muerden, que las escaleras no te derriban, el mundo se hace habitable. Pero, lentamente, sin aviso, la vejez destruye todas las seguridades. Los objetos, las gentes se vuelven hostiles. Ciertamente que el bosque de piernas inquietas que limitó el horizonte de la infancia no vuelve a repetirse. Los seres humanos son conocidos por entero: cuerpos, piernas, brazos, cabeza, ojos.

Los ojos de los fuertes, de los jóvenes se vuelven hostiles. ¿Hostiles exactamente? La expresión de los ojos es más bien de enfado, de molestia, expresan la respuesta que se merece un objeto engorroso. ¿Qué vamos a hacer con la vieja? ¿Te la quedas tú o se la queda Juan? ¿O tenemos que quedarnos nosotros? Porque es mucho más difícil de llevar que un niño ¿entiendes? Mucho más difícil. A un niño le das un revés y obedece.

¿Como se puede aprender a obedecer, cuando obedecer no tiene ya ningún sentido? ¿Para qué sirve obedecer? ¿Para educarse? ¿Para qué? ¿Para la muerte?





La Vieja Dama Indigna de la narración brechtiana descubría, a tiempo, que la soledad le ofrecía un período de libertad del que jamás gozó. Había sido primero hija, luego esposa, luego madre; por fin era ella misma, una viuda con una pequeña pensión, que le permitía no depender de nadie.

Mientras los hijos discuten ante ella, tan poco importante es ella como persona, quien va a cargar con la vieja, ella decide vivir por sí misma. Pero para quedarse sola se necesita un impulso creador de una fuerza enorme, es preciso torcer el rumbo y dejar atrás toda una vida de dependencia. La Vieja Dama Indigna está dispuesta a abandonar el papel que ha representado toda su vida, por eso sus parientes se ponen tan furiosos, porque no encuentran el personaje que esperaban encontrar, por eso la llama *indigna*.

Hay pocas viejas señoras idignas que utilicen los ojos para ver y descubrir lo que ocurre a su alrededor. Las viejas van de un lado a otro atareadas e insensibles, lentamente atareadas, fatigosamente insensibles por las calles que se alargan y las escaleras que se empinan, chocando con la gente apresurada, odiosamente rápida, hostilmente joven.



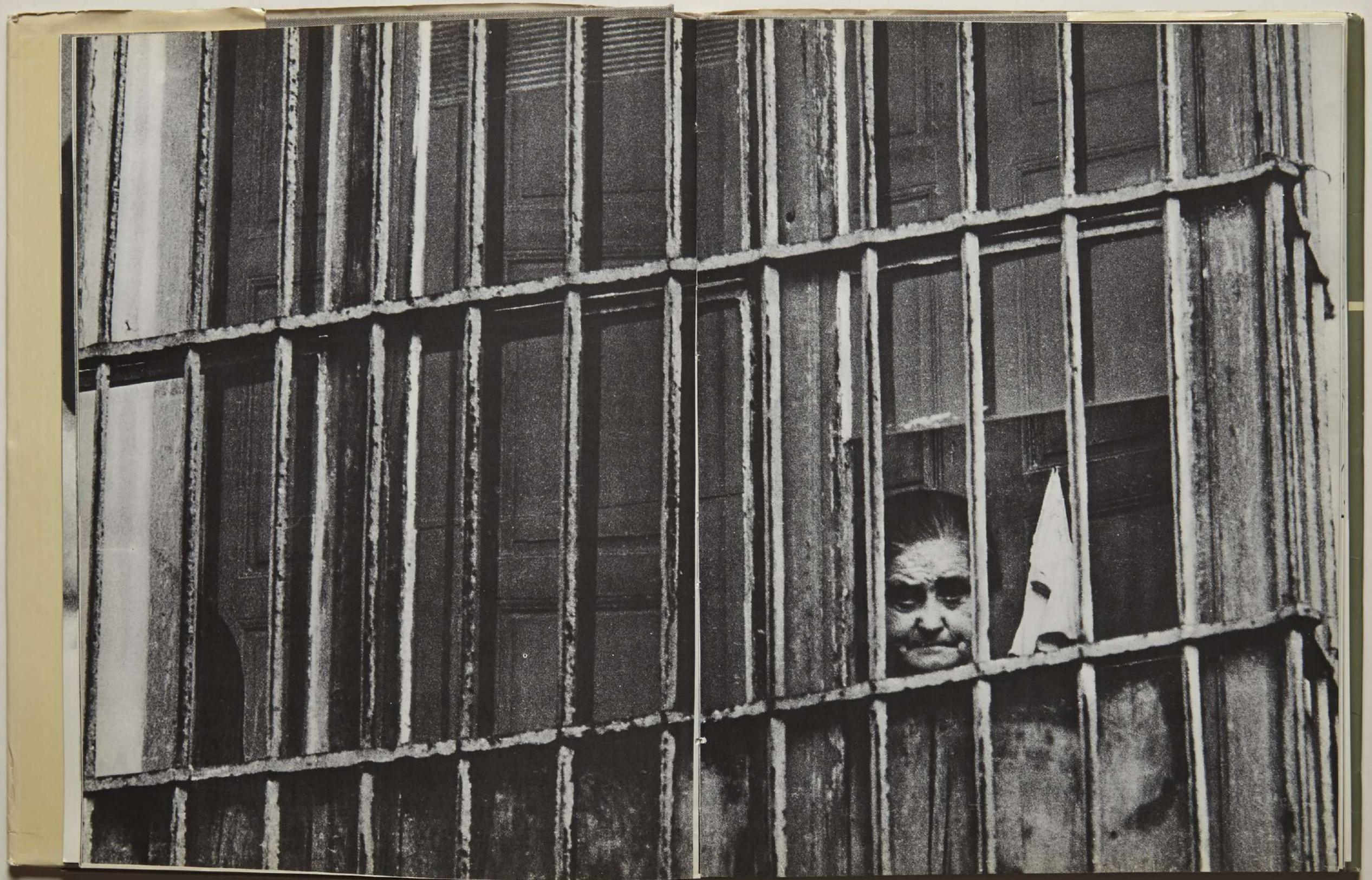
Los vehículos se convierten en monstruos desalmados que persiguen al débil viandante. ¡Cuidado! ahí vienen, fabulosamente ruidosos. Hay un silencio angustioso en las calles, un silencio producido por este monstruoso avance incesante de motores.

Los efectos de los gases de estos motores pueden ser elemento desencadenador de una hecatombe.

Podríamos imaginar un pueblecito claro, un pueblecito con puertas abiertas, con trechos a recorrer lo bastante cortos, con ruidos de vecindario; pero la ciudad en cambio recluye a las gentes en las paredes de sus casas; ata las piernas a los viejos, les cierra la boca.

A veces no toca otro remedio que lanzarse a la calle, en donde parece que todo se mueve alejándose, como en las pesadillas.

Por lo menos en el mundo en que la calderilla tiene un valor existen trabajos que nadie quiere, trabajos de saldo, trabajos de paria quietecito y deshauciado: vender tabaco, cerillas, cuidar de los lavabos, o hacer calceta, entre sueño y sueño, sentada al sol.



¿Como envejecer sin quedarse tras una ventana enjaulada?

Debería existir una escuela para envejecer, así como existe una escuela para abandonar la infancia. Sobre todo una escuela para evitar el remedo grotesco de la juventud.

Porque, aunque parezca extraño esto existe: una vejez noble arriesgada, con los ojos muy abiertos a todo lo que acontece, con la inmensa libertad de no temerle ya a nada, sin tiempo para echar de menos lo que fue antes imprescindible.

Al lado de una vejez asustada y vergonzante, pintada en colores vivos sobre la piel muerta, llorando todo lo que se ha perdido definitivamente.

Qué dura es la ciudad para los viejos. Las paredes no protegen sino que rechazan. Los patios enormes aíslan. Las ventanas remotas no observan sino que producen un enorme vacío.

Pero no es sólo la hostilidad de todo lo que la rodea lo que le hace sentirse tan mal a la vieja. Hay algo más. Algo que se desmorona dentro de ella misma.

¿Por qué la mujer envejece tan mal?

Pierde facultades y derechos y capacidad de goce exactamente igual que los pierde el hombre. No puede echar a correr. No puede tragar cargas pesadas. No reconoce en sí misma el placer aunque le quede el deseo del placer, y eso no le sucede tan abrupta y trágicamente como al hombre. ¿Por qué no sabe entrar con pasión quintaesenciada en su tercera edad?

La razón es que nada ni nadie le ha hablado de sí misma. Sólo lo que no es ella misma la ha configurado: su piel, sus redondeces, pechos, nalgas, pantorrillas, muslos y, claro, vivificándolo todo: la matriz. Nada más.

Le han explicado que ella era eso: su cuerpo. Un cuerpo dispuesto para quien llegue con capacidad adquisitiva. Ella es eso: el centro de los ojos que miran; de las manos que se lanzan, atrevidas, llenas de deseo. Es el ritmo de la menstruación, la capacidad de parir, el recipiente del placer del varón. ¿Fuera de todo eso qué queda?



Nadie le ha dicho que ella no es una simple suma de todos estos elementos tan suyos. Nadie le ha explicado que su ser trasciende su capacidad reproductiva. Ni siquiera los hijos, ni la presencia de los hijos puede agotarla. Hay más y lo que hay de más es ella misma.

Pero nadie puede existir sin reconocerse en lo otro. Y ella no ha sabido reconocerse en lo otro, por el contrario ha vivido prendida de su propia imagen en el espejo, esperando, deseándose deseada, luchando contra una fuerza enemiga que destruye lo que ella cree ser, lo que ella quiere ser.

Nunca, como ahora, la mujer ha luchado frenéticamente contra la vejez. Una poderosa y boyante industria se abastece del miedo a la vejez que atenaza a las mujeres. Cremas, pinturas, jabones, masajes le tienden la trampa: Prueballo, prueballo... a lo mejor...

Pero la vejez llega para ella de pronto. Nunca pensó en que se convertiría en eso, en una vieja. Y no sabe que puede hacer una vieja en este mundo.





Un día una menopáusica más lista que otra, más despierta que otra, se dio cuenta del maravilloso tiempo que le quedaba para vivir. Y quiso comunicarlo a las demás mujeres que a lo mejor no habían caído en ello, y escribió una carta a la muchacha que había empezado a menstruar.

Querida muchacha:

Recientemente me he librado de una servidumbre a la vida; justo al mismo tiempo que tu empezabas a entrar en ella. Y a pesar de que la experiencia ajena no sirve para nada, deseo avisarte: Mantente alerta, porque los brujos de la tribu procurarán engañarte. A lo mejor lo logran.

Te estas iniciando en el ciclo vital que va a hacer de ti, de esta criatura indiferenciada que eres, una mujer. Durante más o menos treinta años, tus óvulos producirán millares y millares de células germinales, una mínima parte de las cuales resbalará por el oviducto, y de esta mínima parte, contable por mil, unos cuantos óvulos, pocos serán fecundados y, convertidos ya en huevos, se fijarán para gestar al nuevo ser. En el mundo en que vives es muy posible que llegues a ser madre de dos o tres hijos; quizá más, pero no es probable.

De toda esa inmensa cantidad de células germinales que tu cuerpo llega a producir, sólo una pequeñísima parte, una inmensa pequeñísima parte, iniciará un nuevo ciclo vital, gracias a la irrupción del espermatozoide. Si esto sucede, gestarás en tu cuerpo un nuevo ser que cuando madure verá la luz.

Imagínate pues la cantidad de células germinales que tu cuerpo produce que jamás te servirán para nada. La naturaleza como puedes ver es despilfarradora y desconfiada a la vez. Para garantizar el difícil encuentro entre el espermatozoide y el óvulo, se aplica a una producción orgiástica. Muy pronto —¿qué edad debes tener ahora, doce, trece años?— tu cuerpo se dispone a producir células fecundables. Los ovarios bien instalados en tus flancos producen —no vamos a hacer cálculos exactos— unas cuatrocientas mil células que resbalan lentamente y en fila india por los oviductos y van a dar a la matriz. Y este proceso de producción no se para hasta que uno de estos óvulos ha sido fecundado. Periódicamente, siguiendo un ritmo más o menos marcado por la luna en su viaje, tu cuerpo rechaza la producción sobrante. Cuando ya ha echado fuera toda esta inútil abundancia, tu cuerpo vuelve a ponerse a la tarea como si nada. A cada nueva luna tu cuerpo vuelve a encontrarse limpio y nuevo y fresco, con una reiterada promesa de vida.

Si miras hacia adelante, ahora que eres tan joven, te parecerá que la naturaleza es de una estupidez apabullante; pero si miras hacia atrás, quiero decir si piensas en la lucha que la especie humana ha llevado a cabo para lograr subsistir, descubrirás que no es que despilfarrare, es que desconfía. La abundancia de óvulos, que el flujo de sangre

echa fuera de tu cuerpo, es todo un propósito de subsistencia de la vida misma, una disponibilidad permanente para que no se pierda la más mínima intención de perpetuar la especie humana.

Qué sencillo es todo a fin de cuentas; se reduce a decir, en pocas palabras, que has llegado a ser un ejemplar de hembra adulta de la especie humana, de modo que como una gata, como una vaca, como una leona tu misión genérica es producir una cantidad ingente de células genéticas para que de esta abundancia salga garantizado el embrión de una generación nueva.

Visto desde este ángulo, es difícil entender porqué a partir de la precavida intención de la naturaleza, la cultura ha organizado tanto dolor para ti, tanta angustia, tanta vergüenza.

Cierto que vives en una sociedad industrial avanzada, cierto que disfrutas de la era de la técnica, pero en todo aquello que se refiere a tu ciclo menstrual no te librarás de la magia.

El cuerpo humano tiene toda clase de servidumbres fisiológicas, muchas de ellas constantes y aun molestas, pero ninguna de ellas se ha circundado de poderes secretos. Y tú me preguntas: ¿Y por qué la menstruación alcanzó este valor sagrado y aún lo conserva? Pues por la sencilla razón de que es privativa de la mujer. Y sobre todo porque es la evidencia de un poder de la mujer, el poder de dar a luz a un ser nuevo.

Sí, ya sé que me dirás que toda una mitología de terrores ha sido superada y que nadie tiene miedo de los nefandos poderes de una mujer en período de menstruación. Pero yo de ti no me fiaría, porque todas estas creencias absurdas son tan profundas, tan arraigadas que se han adueñado de tu propia persona. Tanto que en el momento en que te veas libre de esta servidumbre, te sentirás asustada, como si te hubieran robado un maravilloso poder. Porque lo malo es que aceptarás el papel genérico que te encomienden los poderes de una sociedad absurdamente organizada y cuando la misma naturaleza te arrebatase a tiempo este papel genérico, ya inútil del todo, te llevarás un susto mayúsculo. Si fueras capaz de pensar un poco en lo inútil que ha resultado en la mayoría de los momentos de tu vida este papel, serías capaz de reírte. Y la risa es una defensa justa, créeme.

Te reirías y descubrirías que el mundo a tu alrededor está lleno de cosas atractivas. Dejarías de pintarte los ojos entornados por la floración de las arrugas, dejarías de peinarte el flequillo lacio, dejarías de adornar con perlas el cuello tenso de la vejez. Tendrías tu rostro, tu simple rostro que vive y observa, no un rostro que infunde piedad al ser contemplado.





Siempre he pensado que las brujas, las viejas brujas que vendían brebajes, echaban mal de ojo, curaban la madre y sabían cosas de lo porvenir no eran más que viejas astutas que no estaban dispuestas a ganarse el derecho a la subsistencia traginando cargas pesadas, yendo y viniendo de la fuente, metiendo las manos sarmetosas en el agua helada.

Estoy segura de que preferían la posibilidad de morir en la hoguera, a la de dejar los huesos en la tarea. Claro que siempre podía salir alguien dispuesto a denunciarlas, algún deudor que quería solucionar así sus deudas materiales, pero ellas pensarían que esta posibilidad era muy remota, comparada con la posibilidad de morir bajo el fardo del trabajo duro.

Con que rapidez se borra la ternura del rostro del macho adulto si el objeto de ternura es una frágil mujer pero vieja. Las graciosas mujeres optimistas que sostienen que la debilidad de la mujer es un anzuelo que resulta siempre mordido por el varón forzarrudo, no deben haber visto nunca una vieja cargada con dos sacos, uno en cada cadera, avanzando dificultosamente por la calle. Nadie le dirá: Por favor, señora, ¿me permite?

Claro que en el fondo de la cuestión está una pequeña verdad que muy a menudo olvidamos. Una mujer vieja ya no es una mujer, y por lo tanto el joven varón forzarrudo ya no se siente obligado hacia ella. Una vieja que lleva a cabo un trabajo muscular superior a sus fuerzas es exactamente igual que un viejo que lleva a cabo un trabajo muscular superior a sus fuerzas. Peor para ellos y en paz.

Lo que nos lleva además a otra conclusión no menos clara: La tópica protección hacia la mujer como sexo débil, se ejerce siempre y cuando la mujer no necesite esta protección ni sea débil.

Pero ¿en dónde vamos a encontrar un mundo en el que se pueda ejercer la facultad de la vejez?





Hemos organizado un mundo rápido, frenético e incluso algunas veces eficaz. Pero no hemos dejado espacio para los viejos. Lo único que se le ha ocurrido a la sociedad opulenta y bien pensante, para acallar su conciencia es reunirlos a todos en un edificio con más o menos comodidades. ¿Pero quieren los viejos estar junto a los viejos?

Las viejas resisten mucho más que los viejos, suele decirse. Ellas soportan mejor la debilidad y la dependencia, y sobre todo la marginalidad. A fin de cuentas ¿no han soportado estas condiciones toda la vida? Se han acomodado a ellas.



Pero también se acomodaron a la afectividad y sobre todo a recibir esta afectividad como una capa protectora. ¿Cómo soportar este frío horrible que es el desafecto? Mejor dicho: ¿Cómo soportar la compasión que es más helada que la indiferencia?

Están tan indignadas las viejas de ser viejas que no es raro que la tradición popular llene sus narraciones de viejas malignas que se vengán, en la gente joven, de su vejez.

Las trotaconventos, las celestinas, todas la terceras del mundo parece que se ceban en la juventud inocente.

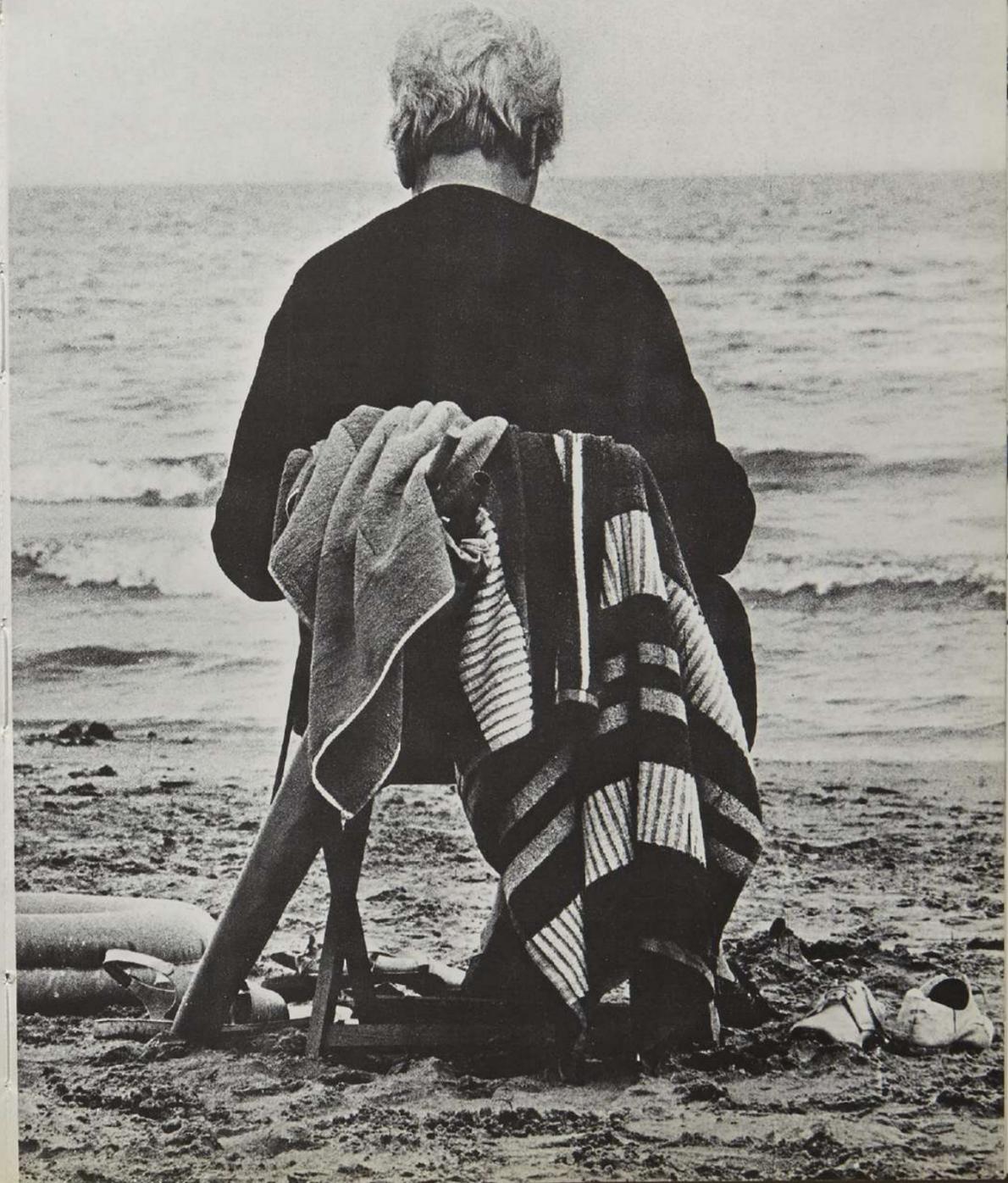
Ante la mar, la vieja antigua se viste de negro, como si llevara luto de su propio cuerpo.

Probablemente la vieja del vestido negro no conoció jamás la libertad de los cuerpos en la playa, es posible que su cuerpo nunca haya vivido por sí mismo. La piel envejecida del cuerpo, pero no más envejecida que la piel del rostro se esconde bajo las ropas negras. Una norma ancestral da por supuesto que un cuerpo viejo no debe mostrarse. Aunque se muestren unas mejillas arrugadas y unos labios cerrados herméticamente, como un pequeño ombligo en el rostro. Pero la tradición quiere que el cuerpo de mujer sea solamente un cuerpo deseable, jamás algo autónomo, fuente de creatividad y de placer.

La vieja se viste de negro en la playa maravillosamente desnuda.

La costumbre de desnudarse ante el mar y el sol no le ha llegado a tiempo a la vieja. No se avergüenza de sus manos ni de su rostro, pero sí de su cuerpo. No es más vieja una barriga vieja que una cara vieja, pero ella no lo sabe. Siente el pudor de su vejez y se esconde bajo la ropa negra. De otros aires, de otros mundos va llegando el saludable descoco que pasea la carne ajada con tranquila indiferencia. Pero la vieja señora que hace calceta, a la vera del agua, mientras vigila a los nietos, a los que chilla de cuando en cuando para que no se alejen demasiado, no sabe todavía que la vejez no es vergonzosa.

Y así permanece sentada al borde de la vida tumultuosa y descarada de las playas. Es toda ella un gesto fosilizado, un tópico no menos cierto que si se tratara de una verdad reciente. La vejez aísla y ella es un islote de vejez.





La vieja no se da cuenta de que molesta. Está ahí insensible a cuanto la rodea. Como si una fuerza la hubiera abandonado o mejor la hubiera olvidado. No tendría que estar ahí viviendo, bajo el sol agobiante. Pero no abandona su puesto como si su pequeño cuerpo arrugado, púdicamente cubierto de ropa negra fuera una protesta contra su propia existencia estemporánea, como si quisiera poner de relieve que ella es eso, un estorbo. Que a ver si nos decidimos de una vez qué vamos a hacer con ella.

Que nadie lo dude, el problema no es sólo suyo, no es sólo de la vieja que no sabe envejecer. Es un vasto problema que concierne a toda la sociedad. La sociedad opulenta no sabe qué hacer de sus viejos. Nadie es capaz de resolver esta simple y elemental regla de tres: tanto trabajo hecho por individuo corresponde ¿a cuanto ocio adquirido por este individuo? En la regla de tres de la vida corriente se hace una traspolación de individuos y el que gana el ocio es el mismo que ha disfrutado de ocio toda la vida. Aquel viejo refrán que en catalán reza *Qui de jove no treballa quan es vell dorm a la palla* (Quien de joven no trabaja cuando es viejo duerme en la paja), no sirve de mucho porque la verdad es que quien trabaja de joven, también duerme en la paja al hacerse viejo. El refrán es como muchos refranes la expresión de una humanidad insensible a la injusticia, una humanidad más bien hipócrita y acomodaticia.

Diríase que este ser humano, este héroe del absurdo que se esfuerza para lograr que la vida del hombre sea más larga, que rebase los 50, los 60, los 70 años, se encuentra de pronto que no sabe qué hacer de estas vidas supletorias, de estos terrenos de vida arrancados a la muerte. Ya está, ya ha logrado que vivieran pero ahora ¿qué hacemos con ellos?

Pero un hombre viejo es todavía un hombre aunque sea viejo; una mujer vieja no es nada. Ha dejado de ser un cuerpo apetecible, un cuerpo fecundable, ha dejado de ser lo genérico que ha sido aceptado como la esencia de la Femenidad.

La fémina se ha convertido en antifémina. No es ni mujer ni hombre es otra cosa.



La vieja sabia y rencorosa adiestra a la joven cínicamente. Es un quehacer antiguo.

La vieja explica a la joven que jamás será feliz, que en este mundo se ha venido a sufrir, que este es el destino de las mujeres.



La vieja se venga de su juventud despilfarrada, de su juventud inútil. La vieja vuelca su resquemor doloroso en el oído de la joven.

Si supiera reír, reír de verdad con toda el alma, no sentiría la necesidad de hacer daño.

Alguna vez alguna honesta bruja listísima descubre el enorme tesoro que lleva entre pecho y espalda: la capaci-

dad, el ingenio, la causticidad y el donaire de reirse de todo, de todos, del mundo entero.





*CARRERA FEMENINA CON SEGURO DE VEJEZ*

Por lo menos así se lo dicen: Cásate y verás! Cásate y tendrás la vida resuelta: dinero, cama y prestigio social.



Pero la *boda* es algo más todavía. Es una iniciación, es un rito, es la escena cumbre, en la que nadie será capaz de quitarle a la mujer el papel de protagonista.

Que público más fiel, más agradecido tiene siempre una boda. ¡Y todos vienen para ti, para verte a ti, novia! Para ver tu vestido y tu velo, y tus andares y tu porte, y tu ramo y cómo subes las escaleras y cómo pisas la alfombra. Y si lloras o no lloras, que esto sí que es importante.

Ahí lo tienes mujer: el ritual, el espectáculo es tuyo. Un ritual minucioso con ropaje, pintura y música.



¿El vestido de la novia tiene que ser blanco? Sólo muy modernamente y al impulso del llamado buen gusto de la clase burguesa se decidió que el vestido de la novia tenía que ser blanco.

El blanco, el *candidum* es el color del candidato, del que tiene que mudar de modo de ser, del que tiene que pasar a otra condición, es decir el que se inicia en un rito. En la vieja Roma los candidatos a las funciones públicas se vestían de blanco.

Porque es el símbolo del paso, del cambio, de lo que aún está por llegar ha sido el color del Este y del Oeste de los límites de la Tierra.

El blanco es el no color, es el lívido, allí en donde han desaparecido los colores múltiples de la tierra, las propiedades de las cosas, allí donde las sustancias materiales han desaparecido, es decir, la muerte.

Por esta razón el blanco fue para muchos pueblos de la antigüedad el color del luto, y así persistió en la corte de Francia.



La protagonista puede escoger la actitud que más le apetezca. Siempre será adecuada. Si ríe, porque se ríe; si llora,



porque llora. El llanto contenido por el rímel. La risa astuta. Más o menos como el que ha jugado la carta acertada.



El ritual de la boda es definitivo, no tiene continuación, se agota en sí mismo, como el ritual de la muerte. El cementario es la gran tentación de los recién casados imbuidos en su ritual. ¿Quién homenajea a quien? ¿Los muertos a la novia o la novia a los muertos?

La tradición popular guardó el ritual basado en dos acciones del novio: el robo y la compra. Sin salirnos de la península ibérica encontramos las dos tradiciones que han coexistido o al menos han tenido existencia de vecindad. Según el ritual del robo, el novio va a buscar a la novia acompañado de sus amigos y ella se deja robar, por la sencilla razón de que se ha puesto ya de acuerdo antes con un noviazgo aceptado por todos.

La canción popular catalana dice:

*Senyora Isabel,  
voleu ser robada?  
Robada en seré  
si el lladre m'agrada.*

(Señora Isabel, ¿queréis ser robada? Robada seré si el ladrón me gusta.)

Como en todo ritual se trata de un convenio en el que nadie se llama a engaño.

En el ritual de la compra no aparecen diferencias esenciales. El novio hace como que compra y la novia hace como que se deja comprar. Todo está perfectamente establecido de antemano. Yo he visto aun, en una boda en Madrid, aparecer las arras tradicionales.

Los etnólogos nos cuentan en su honesto afán de encontrar explicación para todo que el ritual es el resto de una antigua costumbre. Nos dicen que realmente sucedió así, que la novia se robaba o se compraba.

Lo cierto es que la existencia de esta compra o de este robo es absolutamente innecesario para comprender el ritual. El ritual existe no para recordar una acción desaparecida, sino para proclamar un propósito presente. El símbolo del robo o el símbolo de la compra nos explican que la mujer es un objeto. Mimando el ritual que la cosifique la mujer pierde la personalidad y por lo tanto la posibilidad de enfrentarse con su dueño y señor.

En las bodas modernas apenas queda de los viejos ritos y de la cosificación de la mujer más que las leyes que la anulan como ser jurídico, una vez se haya convertido en esposa. Pero sobre todo queda, y aún exacerbado el papel de la novia, la máscara visible de este papel.

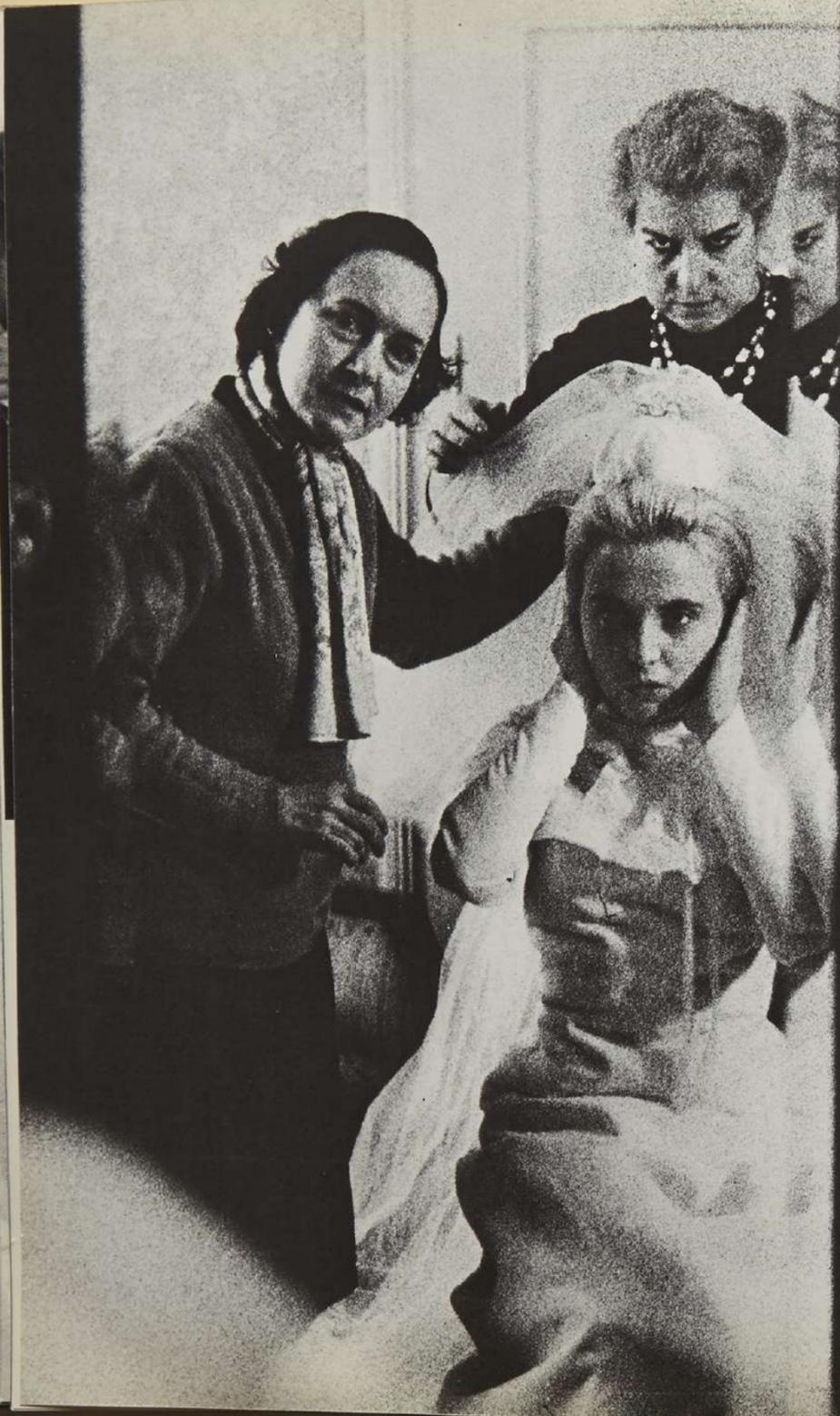
Diríase que al atenuarse el sentido efectivo del ritual, la sociedad entera se ha volcado para adornarla, para emperifollarla, para concederle emociones de diva. Como si quisieran distraerla del contrato que firma, de los artículos que contiene este contrato. Porque si leyera todas y cada una de las cláusulas del contrato se daría cuenta de que quizás el ritual del robo no ha desaparecido, pues en verdad la están robando.



El ritual de la boda se hizo para la mujer. Los hombres contemplan discretamente metidos en trajes oscuros, la gesticulación, el llanto, la risa, el cacareo femenino.



¡Vamos allá mujeres, este es vuestro día! Uno solo. Labios y uñas pintados, cejas depiladas, pelo lacado, para que el velo se sostenga bien, perfume... ¡Eso es! ¡A ver? ¡Perfecto!



- ¡Qué mona!
- Qué ramo... ¡Qué mono!
- Monísima, oye...
- Qué vestido más mono...
- Y el velo?
- Muy mono.

Es el final del cuento de la abuela: Y se casaron y fueron felices y comieron perdices.

Ahí estás tú de protagonista. Para un solo día, pero completo. El vestido de la novia. El velo de la novia. El pastel de la novia. El novio de la novia. La boda de la novia.





### *TRABAJO O FAENA*

Siempre que se representa el símbolo del trabajo, se suele representar a un hombre. Esto quiere decir que, en teoría, la mujer no trabaja. Cuando los sociólogos se dispusieron a hablar de la mujer y el trabajo, al preguntarse si la mujer debía o no debía trabajar, cualquiera podría pensar que la mujer, la mujer antigua, el modelo perfecto de mujer, jamás había trabajado.



He aquí lo que dijo una feminista negra, hace más de un siglo:  
Mirad mi brazo. He arado el campo, he plantado, he segado... y, sin embargo, soy una mujer. Puedo trabajar y comer tanto como un hombre, cuando me lo permiten y puedo también soportar el látigo... He traído al mundo trece hijos y a casi todos los he visto vender como esclavos y cuando he gritado mi desesperación de madre sólo he encontrado a Jesús para ayudarme... y sin embargo soy una mujer.

Esto dijo hace más de cien años Sojourner Truth.



Podemos imaginarnos perfectamente este modelo de mujer, encerrada en casa, mano sobre mano o con alguna labor de punto y con los ojos prendidos en la lejanía esperando la vuelta de su dueño y señor.

No hay que ir demasiado lejos para encontrar las peregrinas teorías sobre la posibilidad y la verdadera capacidad de la mujer para el trabajo. Sin ir más lejos, Gregorio Marañón afirma que trabajar no es propio de la mujer, pero que si se empeña en hacerlo, debe escoger trabajos que no signifiquen un desgaste de sus músculos, ni de su sistema nervioso.



Gregorio Marañón es un contemporáneo ¿es que las mujeres no habían empezado a trabajar hasta los albores del siglo XX?

No hay duda que cuando el Dr. Marañón decía esto debía referirse a la mujeres de su propia clase social, a las que conocía de cerca y sabía de su fragilidad o de su incapacidad para el trabajo.



¿Pero cómo es posible, nos preguntamos, que don Gregorio Marañón, y al decir este nombre sólo lo presentamos como ejemplo —podríamos sin dudar traer a colación muchos más— como es posible insistimos que este sesudo varon no hubiera visto trabajar a la mujer del campo, sin ir más lejos?

Ay, Pedro, Pedro  
estoy muy cansada  
me puedo ir a dormir?  
Hila, hila, hila,  
todavía es pronto.  
Hila, hila, hila  
la mañana está lejos.

Ay, Pedro, Pedro,  
ya hilé la lana,  
¿me puedo ir a dormir?  
Téjela, téjela, téjela,  
todavía es pronto.  
Téjela, téjela, téjela,  
la mañana está lejos.

Ay, Pedro, Pedro,  
Ya teji la lana,  
¿me puedo ir a dormir?  
Cose, cose, cose,  
todavía es pronto.  
Cose, cose, cose,  
la mañana está lejos.

Ay Pedro, Pedro,  
ya cosí la tela.  
¿me puedo ir a dormir?  
Terminó la noche,  
ya levanta el día,  
y con la luz del alba  
es tonto dormirse.





No he podido resistir la tentación de ofrecer esta elemental traducción de una profunda y amarga, o quizá sarcástica, canción popular vasca.

Porque lo cierto es que este duro trabajo cotidiano de la mujer hilando remendando redes, lavando ropa en el río, sembrando y recogiendo los frutos del campo no enterneció jamás a nadie.

La mujer hacendosa de la Biblia hila, teje y cose y así su marido luce la mejor túnica del vecindario. Y cuando el marido se reúne para deliberar con los prohombres de la tribu causa la admiración y la envidia de sus compañeros. Pero a esto no se le llama trabajo, es simplemente el resultado de lo que la mujer tiene que ser: silenciosa, casta, hacendosa.

He aquí el ideal de la mujer española dictado después del Glorioso Alzamiento Nacional: CASA, COCINA, CALCETA. Dicen que fue la versión celtíbera del viejo consejo de Bismark, convertido en slogan nazi: *KIRCHE, KUCHE, KINDER*, o sea: Iglesia, Cocina, Niños. De todos modos Bismark y los nazis eran, en cierto sentido, más liberales, le dejaban la opción de ir a misa. Ir a misa fue, esta es la verdad, la sola ocasión que tuvo la mujer, durante siglos, de hacer vida social.

El auténtico problema lo creó la mujer, cuando le arrancaron el trabajo casero de las manos y lo convirtieron en industria.

En los albores de la revolución industrial pareció que los hombres se había apoderado de este trabajo tan femenino como es el hilar y tejer y que la mujer se quedaría en casa haciendo vainica o encaje de bolillos. Pero pronto se vio que la mujer se convertía en mano de obra.



Muy pronto invadió la mujer el área laboral del hombre y se puso a trabajar en masa.

Jamás se habían visto tantas mujeres trabajar a la vez.

Jamás se había planteado el problema del salario que se le tenía que dar a la mujer trabajadora.

¿El mismo salario que el hombre? ¡Cierto que no!

Quedó perfectamente demostrado que la mujer lo resiste todo: el sol, la lluvia, los pesos excesivos, los horarios sin límite. La mujer, más débil físicamente, tiene mayor resistencia biológica.



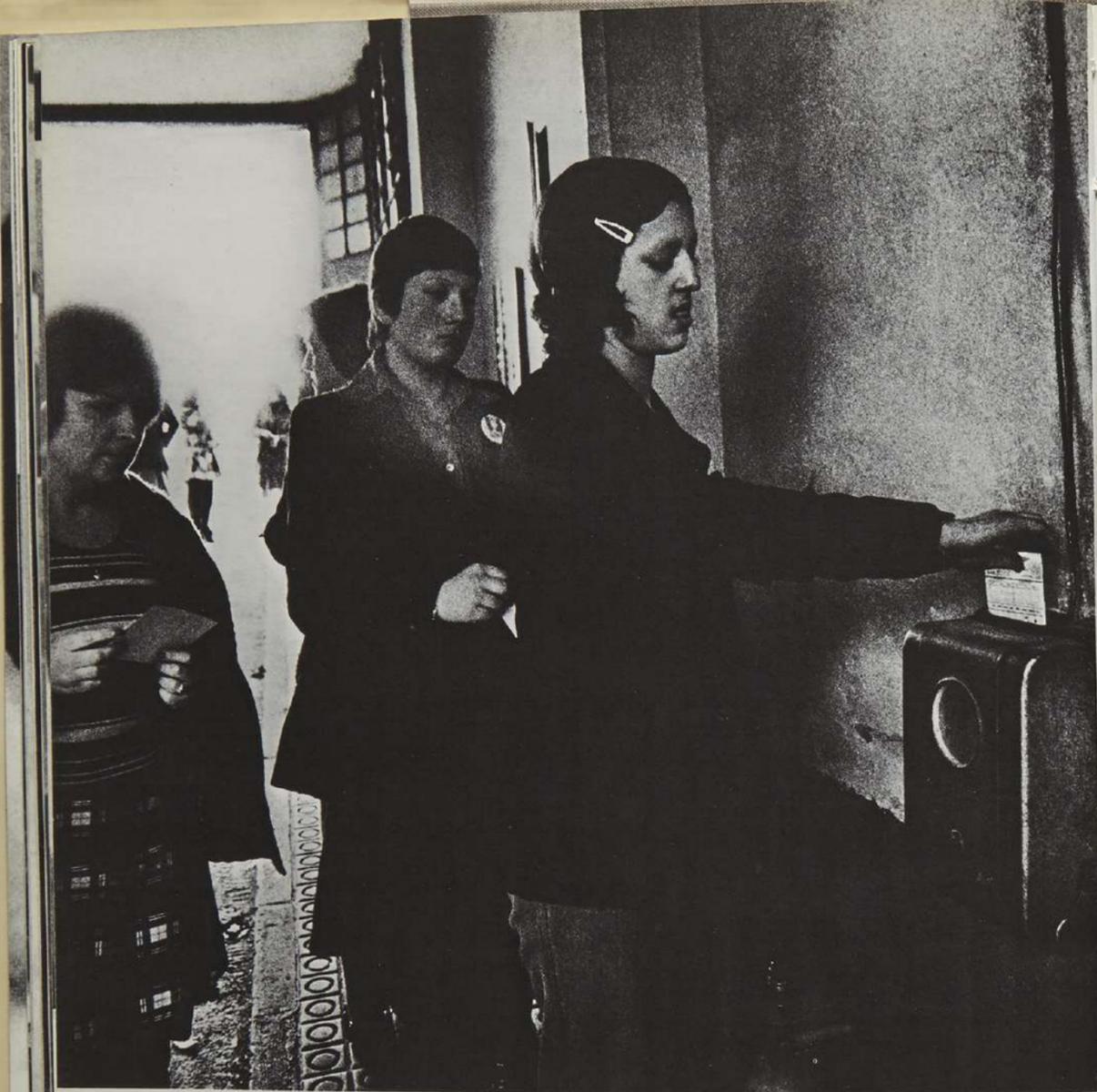
Pero la misma sociedad que la explota como trabajadora no abandona el tópico de su modélica condición femenina: la mujer la pata rota y en casa.

Con lo cual puede colegirse que la mujer al salir a trabajar fuera de casa infringe las leyes del Universo.

Y así la mujer sigue trabajando convencida de que es una intrusa en el mundo del trabajo.

Lo que permite al capital tratarla como al lumpenproletariado.

¿Y quién va a sacarle de él, sino se deshace de la triste condición de intrusa?



Las manos de las mujeres que trabajan son exactas que las manos de los hombres que trabajan.



Los músculos de las mujeres que trabajan son exactos que los músculos de los hombres que trabajan.



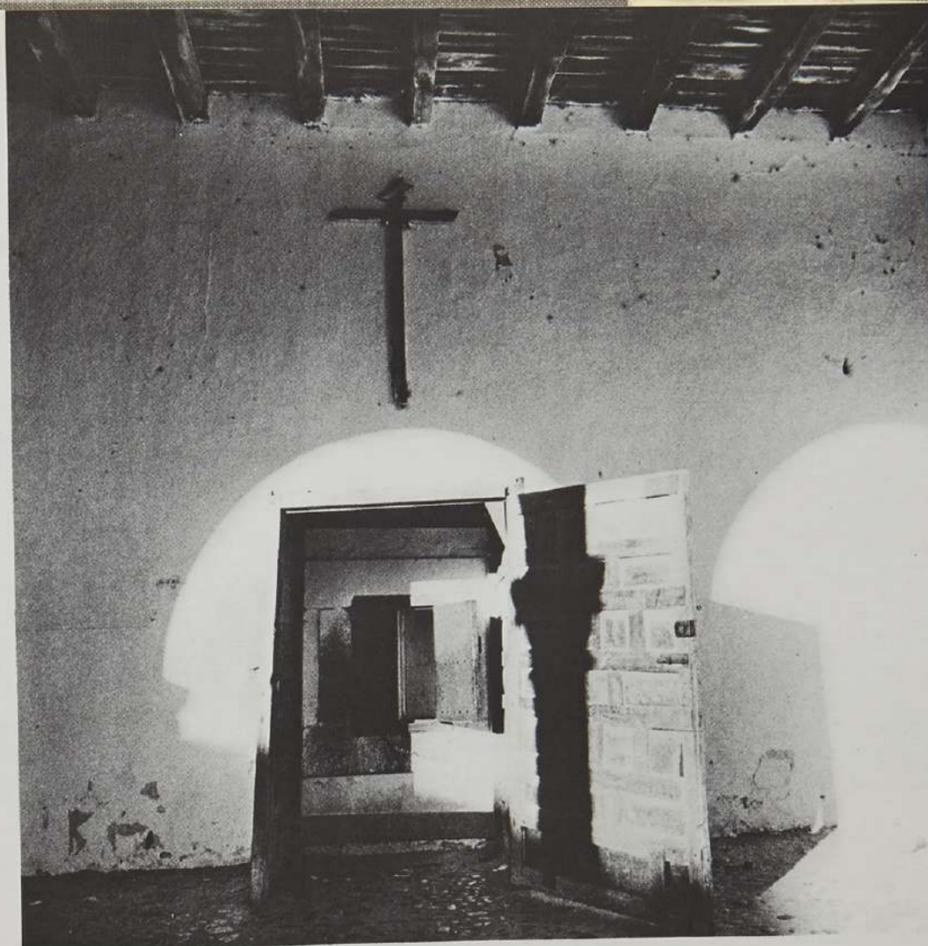
La piel del rostro de la mujer que sale al campo es exacto que la piel del rostro del hombre que sale al campo.

¿Qué se ha hecho de la mujer modelo? De aquella mujer que Françoise Parturier describe con una ironía furiosa:

«¿Qué es una verdadera mujer? —dice el varón sesudo.

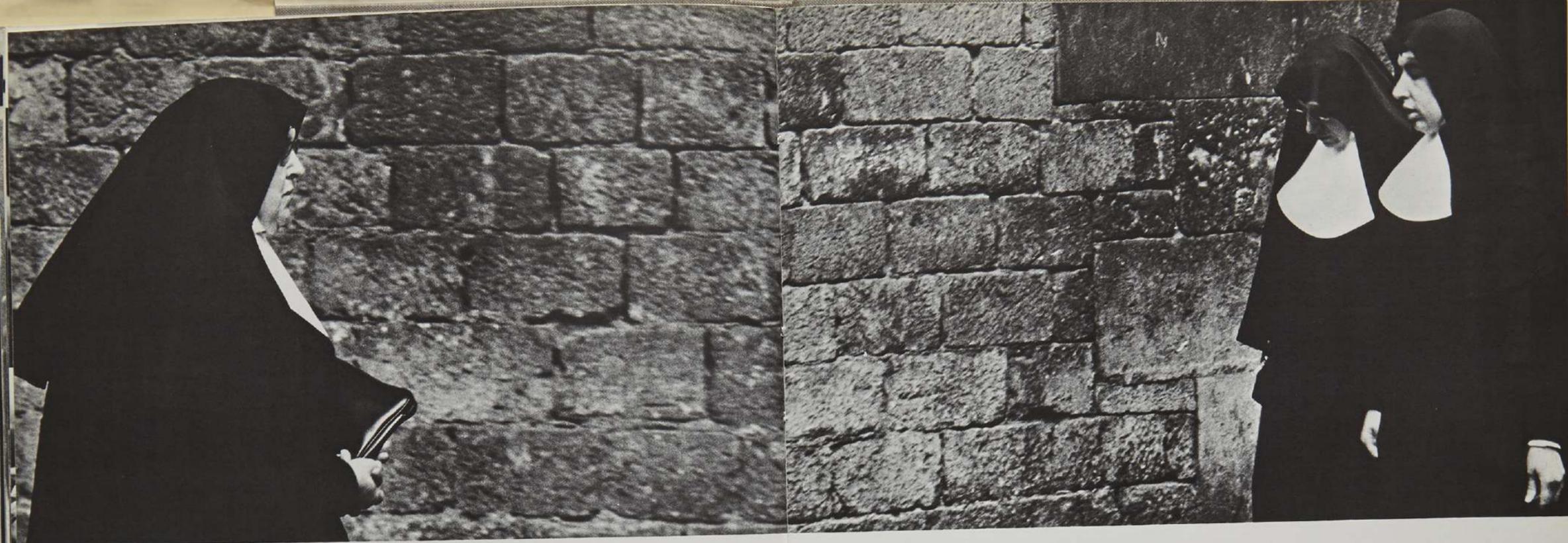
Una verdadera mujer es una joven bonita, deseable, alegre, dulce, no más alta de 1,68 y ¡que nos admire, señores!»

La mujer del campo, la mujer de las fábricas, las mujeres gitanas ¿son en realidad mujeres?



### *LA RELIGION COMO REFUGIO*

No está demasiado lejos el tiempo en que los sociólogos más bien pensantes recomendaban a las muchachas decentes, que no encontraban acomodo en el matrimonio que entraran en un convento. El convento garantizaba la decencia de la vida de una mujer, la libraba de la soledad, la colocaba dentro de las coordenadas del orden.



Una mujer soltera es un ser incómodo para la sociedad. ¿Quién va a velar por ella? ¿El padre? Se muere. ¿El hermano? Demasiado trabajo tiene. ¿Quién puede garantizar la decencia de la mujer soltera? ¿Y la vejez? ¿Quién va a cuidar de la vejez de la mujer soltera? ¡Al convento! ¡Al convento! Como dice Hamlet en un arrebato de machismo.

¿Por qué tiene que sorprendernos, pues, que los conventos hayan sido a lo largo de la historia el refugio de lo más conservador, de lo más immobilista, de lo más facilón y endeble de la Iglesia? Claro está que hay excepciones. Ahí está una Catalina de Siena, una Teresa de Jesús. Para ellas el convento no fue un fin, sino un medio, a través de cuya estructura ejercieron su poder creador.

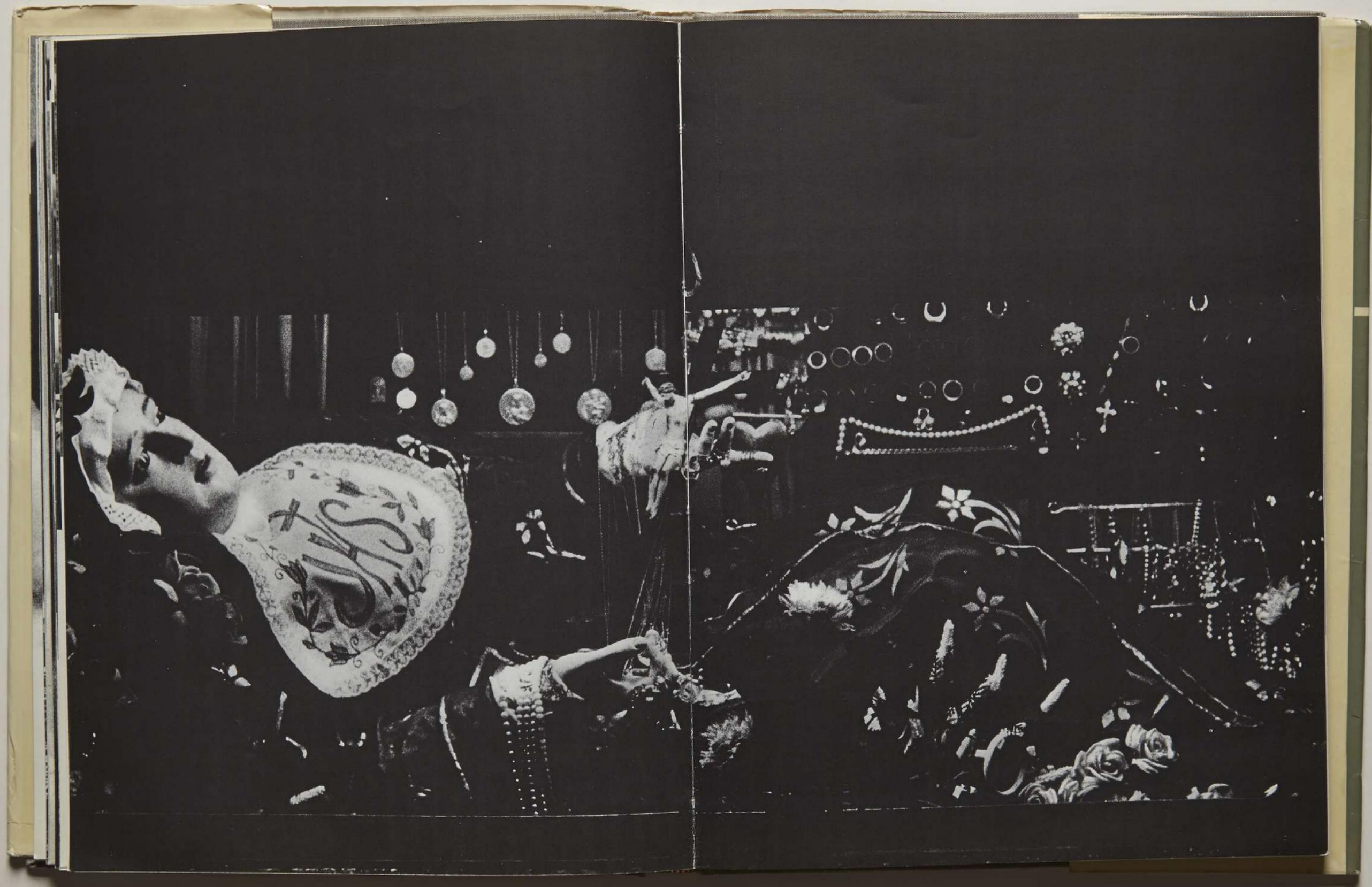
Pero la inmensa mayoría de las monjas no entran en el convento para hacer algo, sino para evitar el riesgo de la vida.

Todavía no se ha analizado con suficiente atención lo que tiene de ejemplar un convento de monjas; lo que tiene de ejemplar en la medida que ofrece

campo abierto para ejercer las llamadas virtudes femeninas: virtudes negativas como la abstinencia, la poquedad, la nimiedad, la fantasía en el castigo.

En Madrid existe un pequeño Museo que no es otra cosa que el Monasterio de las Descalzas Reales. Es impresionante más por lo que se adivina que por lo que se ve. Lo que se ve es simplemente un edificio de una gran belleza que fue convento de las viudas, las tías, solteras o viudas, de las hijas naturales de los reyes. En el ambiente flota todavía una mezcla de lujo y miseria que resulta angustiada. Fue el refugio de las arrinconadas de la Historia. De las que habían dejado de ser algo para pasar a no ser nada, excepto una presencia engorrosa. Era necesario que aquellas mujeres conservaran la dignidad a causa de su parentesco real, pero al mismo tiempo su absoluta inutilidad les exigía que desaparecieran de la circulación.

Metidas allí, alejadas de su vida anterior, separadas de la rigidez y del boato de la corte, desarrollaron un extraño poder, el poder de minimizarlo todo, llevar al extremo un quehacer absolutamente monjil.

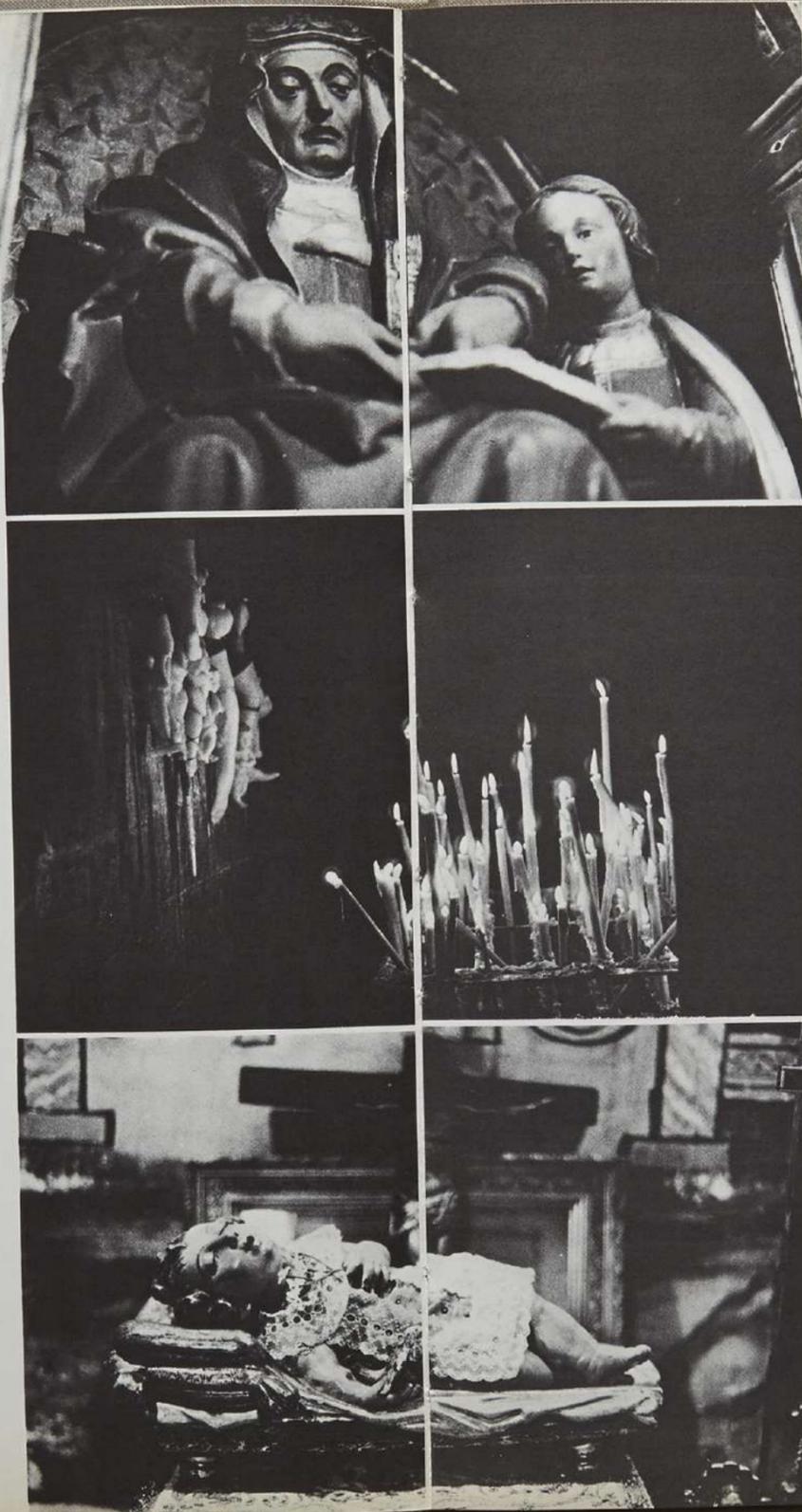


Aquel edificio severo y noble se llenó de labores de cañamazo, de flores de paño, de bordados de realce. Y lo pequeño, lo fútil, lo triste, lo fácil se mezcló con el resto de las glorias pasadas, evidente todavía en los magníficos lienzos, cuya entidad religiosa no tiene nada que ver con todo el estilo monjil, un estilo que revela un mundo de mentirijillas. ¿Por qué va a sorprendernos que las mujeres metidas a monjas desarrollen un mal gusto hecho de trivialidad, de superficialidad, de sentimentalismo a flor de piel, de lujo aparente de bordados y florecitas, de lamparillas y latón plateado?

Están solas, separadas del mundo, separadas del varón que sigue administrando los bienes de la república.

Tan alejadas están de las virtudes que nacen de la vida colectiva que ni siquiera son capaces de vivir una relación de camaradería. ¿Y por qué tendrían que descubrir esta relación positiva, si no se reunieron para alcanzar un fin determinado, sino que se encontraron allí huyendo de algo?

Las comunidades femeninas son un remedo de las comunidades masculinas, pero sólo un remedo. Las monjas son, nadie puede dudar, en la sociedad esencialmente masculina de la Iglesia, clase de tropa. Nadie les pedirá nunca consejo, nadie espera que actúen fuera del ámbito de las cuatro paredes conventuales. Todo lo que les exige la sociedad en la cual se insertan es trabajo auxiliar: llenar marmitas, limpiar caserones difíciles de habitar, cuidar



enfermos, y... sobre todo... obedecer, obedecer, obedecer... Más de una vez, los más feroces detractores del feminismo han preguntado por qué, en estos círculos cerrados, llenos de mujeres salvadas de la servidumbre de su condición femenina, no se ha producido jamás un movimiento creador de liberación, ni siquiera la más mínima contribución a lo científico, ni literario, ni tan siquiera la más leve alteración de la práctica de la fe. El secreto es que, por su misma condición, la monja es conservadora y obediente. Si se produce alguna excepción resultan tan inadecuada en el medio ambiente, que la misma monja procura disimular disfrazando su lenguaje con diminutivos y dulzuras.

¿Pero cómo podría ser de otro modo si la mujer que entra en el convento lleva consigo su condición de mujer, su condición de marginada? Para alcanzar la condición de mujer nueva, que le permitiera actuar en el mundo de los hombres, debería abandonar las premisas de la misma educación que la empuja al convento.

Las mujeres descubrieron la capacidad para el trabajo colectivo cuando empezaron su lucha para lograr paridad de derechos y estas mujeres no se hicieron monjas. Cuando las monjas se lanzaron a la ardua tarea de educar a las muchachas de las familias burguesas, prepararon a estas pequeñas almitas, que les eran confiadas, para el papel de esposas humildes y obedientes.

También ellas se llaman a sí mismas esposas del Señor.



Envueltas en pliegues, encerradas en los alveolos de sus tocas almidonadas, crean a su alrededor el misterio de lo críptico. Despiertan en el momento de las revueltas callejeras el donjuanismo de arrabal y excitan, por lo que tienen de prohibido, de contacto con el más allá, de magia secreta.

Las tapias de los conventos han dado abundante literatura mala, ayer y aún hoy.

Las monjas son víctimas, pero también son verdugos. Su fanatismo puede llegar a ser cruel. Tiene que ser terreno abonado para todos los tópicos de dolor y muerte.

Pero a mí toda esta literatura de novela por entregas siempre me ha parecido, si no falsa, inútil, porque lo más grave de la vida monjil no es la tragedia sino el trivialismo.

Porque sólo a base de trivialidad puede convertirse en feo lo que tendría que ser bello. Incluso la forzada alegría monjil es trivial porque esconde, tras esta ficción de felicidad, mucho trabajo casero, aburrido, mal pagado.

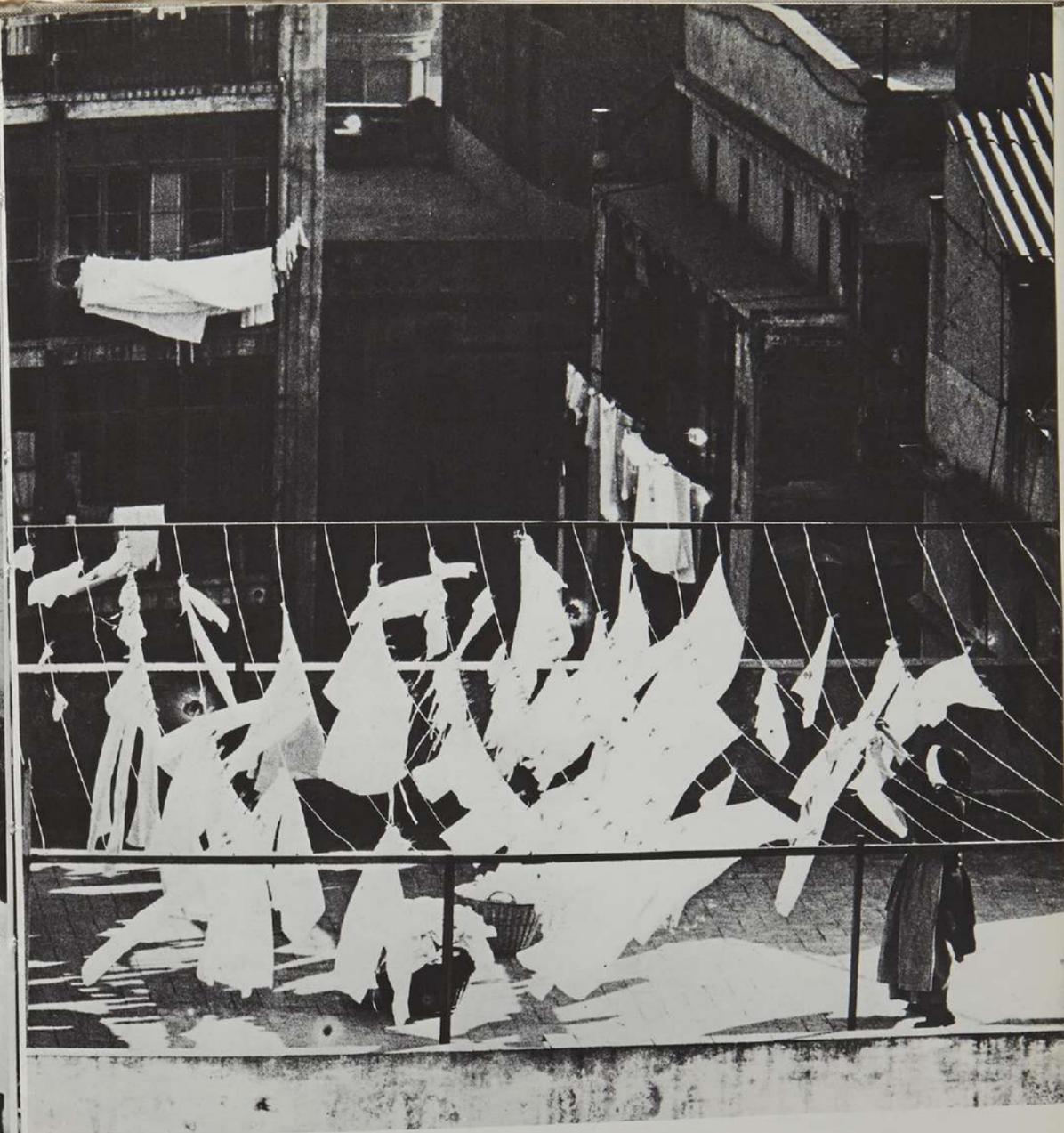
Sólo si pensamos en la gran cantidad de monjas que ocupan el lugar de enfermeras, lavanderas, fregonas haciendo el trabajo por dos y cobrando la mitad, nos daremos cuenta de que no es con ellas con quienes tenemos el pleito. No sería correcto suponer responsabilidad a la tropa, y a la infantería además.

Tras el diario quehacer los rostros se esfuman y se agrisan.





Y precisamente porque es refugio, el convento no es otra cosa que soledad en compañía. La prueba es que, a medida que la mujer pierde el miedo a la vida, los conventos se van quedando vacíos incluso de aquellas mujeres que sienten una auténtica vocación religiosa.



La vida colectiva y encerrada se vuelve para estas mujeres en un impedimento de su auténtica vocación religiosa. Las que se dedican a la enseñanza procuran deshacerse de los módulos antiguos. El mal gusto monjil será pronto una imagen *camp*, una de las específicas expresiones de la alienación de la mujer.



¿O quizá persistirá todavía por mucho tiempo este triste y tierno mal gusto? Y es posible que se refugie definitivamente en los cementerios, que es residencia propicia para el mal gusto femenino.

Cierto que los varones colaboran lo suyo en este perpetuarse de lo más triste de la vida cotidiana.



Pero son las mujeres las que vuelven al cementerio a cuidar las flores, a renovar los tiestos, a pulir los retratos sentimentales. En el cementerio las mujeres hacendosas guardan a sus muertos como si guardaran sábanas para el bendito orden casero. Cambian las flores y ponen agua fresca en los jarrones para que todo el mundo vea lo bien cuidados que están sus muertos.

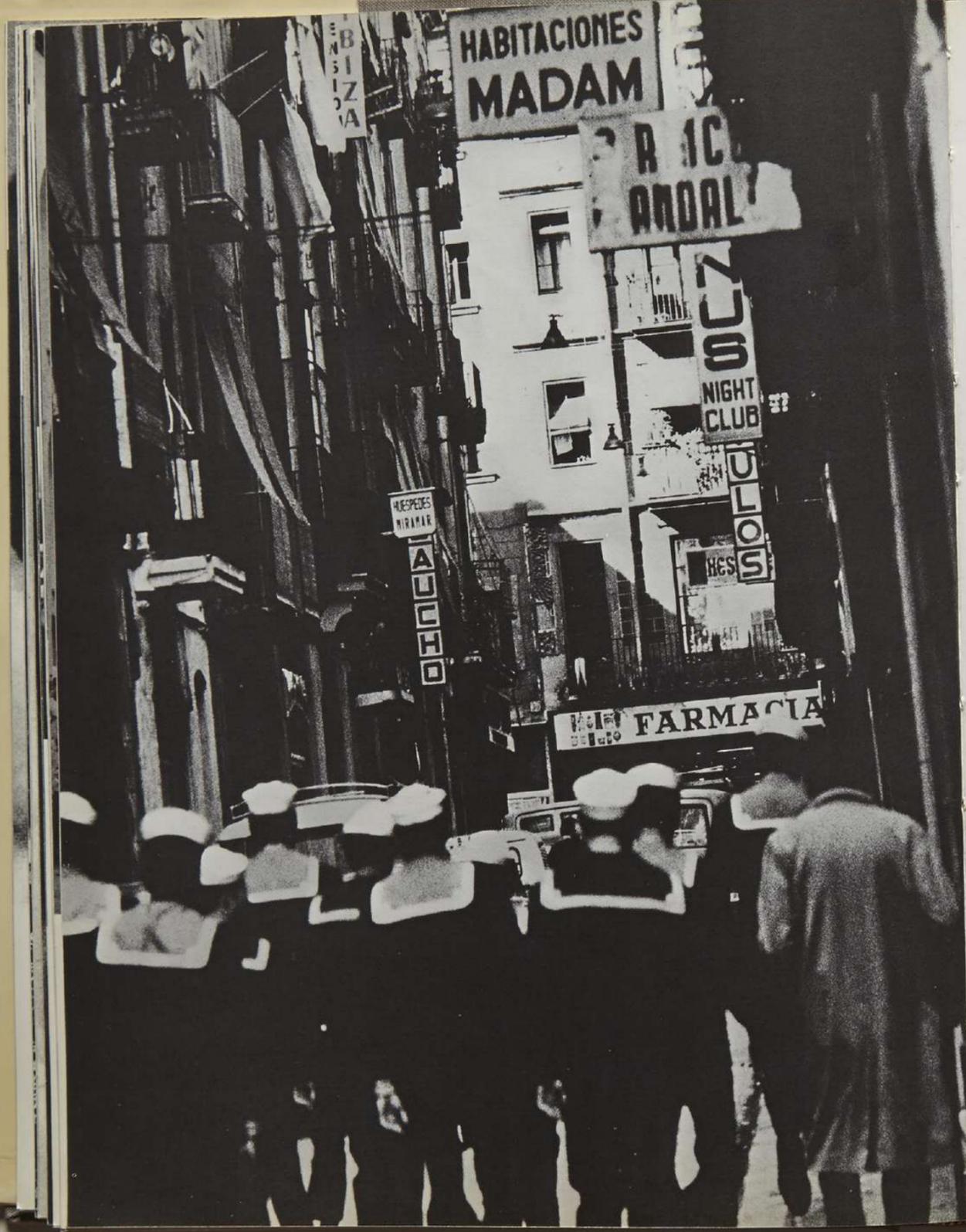


Y le dan al muerto un tono casero que huele a alcoba cursi, a cómoda con santo, a rosas de concha, bajo campana de cristal.



### *UNA PROFESION ARRIESGADA*

No tiene nada que ver conmigo. Es otro mundo. ¿Es posible que esto exista? Tiene su no sé que de pintoresco, alegre, absurdo, brujo, eso brujo; como de diablo y evidentemente prohibido.

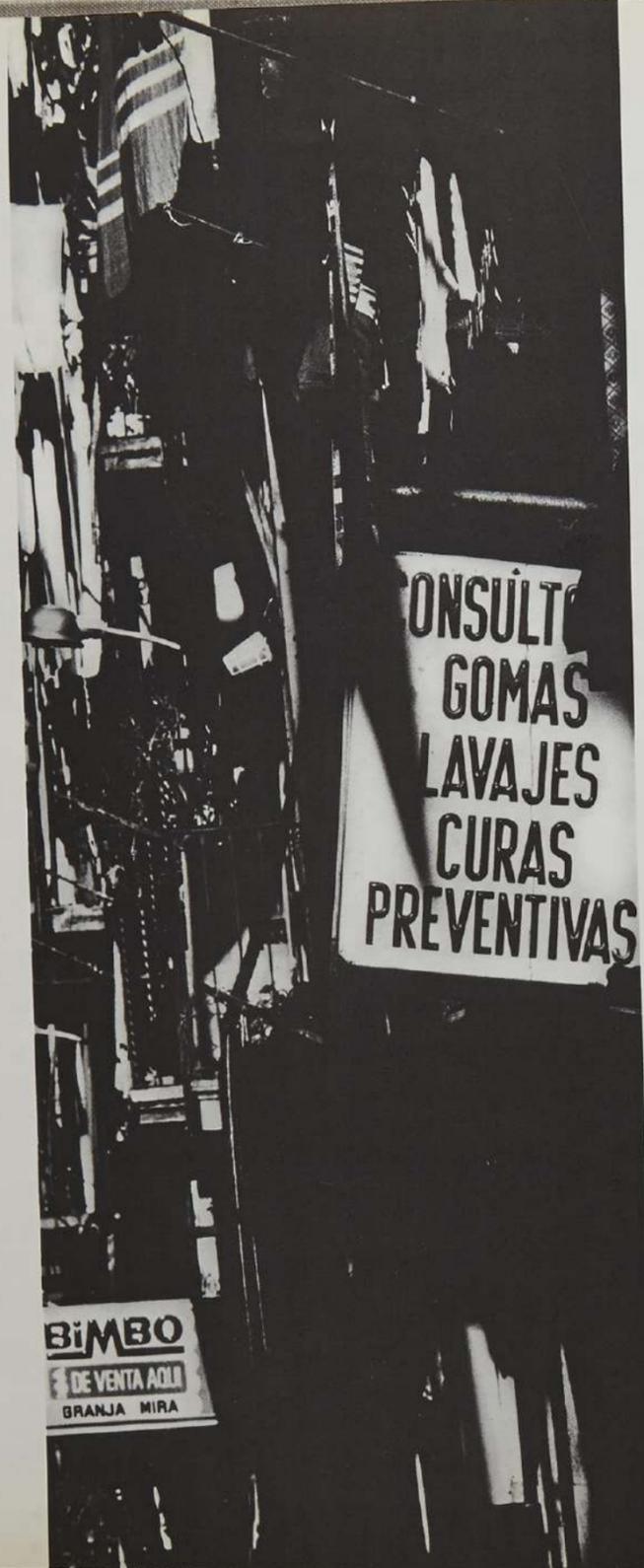


Hemos entrado en el recinto de la objetivación de lo deseado. El hombre abandona a su pareja y sale en busca de lo absolutamente otro, con lo cual no pueda identificarse. Lo deseado es el objeto sexual, que no existe como persona, es simplemente lo adquirido en propiedad mediante dinero.

No hay nadie pues en el reino de lo pornográfico; en el ámbito del porno se halla el hombre solo, en la inmunidad de su mundo solitario.

Todo le está permitido porque está solo. Enfrente a él un cuerpo despersonalizado, un rostro de máscara, todo sexo, hasta el dinero que el paga es sexo. Por esto se hacen inevitables las carnes abundantes como reclamo supratemporal, un reclamo que va más allá de las convenciones de la moda y de los cánones de la belleza. La carne abundante que es fruto de la inacción, de la mucha cama y mucha comida barata. Esta entidad somática la concede el oficio más viejo del mundo y es a la vez la expresión de una solidez ritual, para que sea posible apoyar en esta solidez toda clase de teorías, mitos y fantasías médicas. La mujer tierra, la mujer silencio profundo de la muerte, la mujer agua inconsciente de la vida, la mujer madre deseada genéricamente por sus hijos. Qué cómodo para los hombres entonces ser esta inocente presa del deseo.

Y tan sólo se siente el hombre cuando se adentra por el espacio vacío de la pornografía que procura situarse tras el parapeto del grupo; entra ruidoso, formando parte de la muchachada para darse valor. Los yanquis relucientes, con el florido capullo blanco en la cabeza, hacen sentir su superioridad numérica y bancaria. Y ellas cuentan en inglés con la facilidad de adaptación del pueblo ocupado por una gran potencia.



No, pero si no tiene ninguna magia. ¿Magia? ¿De qué? El camino no puede ser más sencillo. Se trata de ganar dinero y sobrevivir. ¿Sólo eso? Ciertamente que el placer se paga, pero esto que ve usted aquí, ahora, en la calle, es la baratura del placer. Con sus riesgos, claro. Y no precisamente riesgos de escándalo, no. La decencia está bajo llave, todo en orden. Lo que sucede aquí no puede escandalizar a nadie. Lo que sucede aquí está bajo la norma. Como tema, inmenso. Desde la tragedia griega, pasando por la novela, al cine y los cómics.

El mundo está dividido en dos. Lo que es decente y lo que es indecente. Lo que se debe hacer y lo que se quiere hacer.

No siempre es así, no siempre es callejero y vociferante. A veces es recatado y fingidamente bello. Pero aquí no hay trampa.

¿Como llamaremos a estas mujeres? ¿Mujeres? Existe una semejanza remota entre esta mujer y la imagen decorativa y que sirve para los anuncios.

Pero ahí están con su carne a cuestas en otro esquema de lo deseable. Porque esta mujer es deseable, que nadie lo dude, y en la balanza del precio está el deseo. Y lo que hace gravitar en ella el deseo es precisamente que no es una mujer concreta, sino lo genérico, lo anónimo.





Por las calles estrechas, viejas, húmedas, rebosantes de peatones por medio de la calzada, ellas se cojen del brazo y ofrecen una espléndida teoría de culos bamboleantes. El ritmo que reclama el ritmo, como el trotar de la yegua, como el cerrado círculo de la noria; en definitiva algo necesario, inevitable, seguro.

Y los rostros asoman tras las máscaras pintadas con expresión de niñez. La expresión de un ser humano que no va a madurar jamás, que se ha quedado en pañales, antes de que fuera posible empezar a vivir por su propia cuenta.

La calle es suya. Llenan la calle. Unas calles concretas en un ghetto establecido con precisión. Las callejeras tienen poco prestigio, pero son la perfección del género. La prostitución tiene que ser callejera, porque es el antihogar. Sólo por error sus componentes se encierran en la norma conventual. El hombre la sigue, la aborda en la calle y ella establece el precio. O es ella quien aborda al hombre, quien le empuja, quien decide. ¿Cómo puede llamarse a esto mujer?

La calle, con los adoquines en la calzada, con las aceras hostiles, en su mundo, porque su mundo es la intemperie. La intemperie moral además de física. ¿No se han situado al margen de la ley para hacer posible la vigencia de la ley? La calle es no sólo la incomodidad, la humedad, la lluvia, es además el riesgo. Es el cebo para todas las cobardías, para todas las apetencias, con su bolso cimbreante y todo el oro que ha podido acumular en sus muñecas, en sus dedos, pendiente de sus orejas. Por eso se hace necesario el refugio del chulo o de la matrona; ya lo veis, el espejo deformado del marido y de la madre.

Siempre niña, jamás adulta. Una niña traviesa que circula por su cuenta, a saltitos, sobre los empinados tacones que repiquetean a modo de reclamo.



He aquí una expresión infantil entre tanta carne rebosante. Alguien dijo una vez que lo que atraía tanto de la mítica Marilyn era su cuerpo de prostituta de muchos andares y su rostro de niña abandonada. No es difícil encontrar, bajo la máscara inmóvil, el brillo de unos ojos asustados.

¿Cómo puede llegar a ser adulta esta carne utilizada? ¿Cómo puede alcanzar la propia identidad quien existe sólo para el deseo de los demás? Sólo se puede subsistir permaneciendo en el ámbito infantil, con risas y llantos, con golosinas y caricias, a medio camino de la inconsciencia, en el límite de la irracionalidad.

Sí, estas mujeres salen a buscar dinero y el dinero no aleja sino que concreta el deseo. El dinero es también un símbolo de sexualidad.

El dinero es importante tanto para el que lo recibe como para el que lo da. El dinero es el cordón umbilical que los mantiene a ambos unidos a la sociedad-madre. El dinero es correcto. Todo aquello que se puede pagar es correcto. El dinero purifica de toda perversión. Ella sabe que el dinero lo dignifica todo, ya que el dinero le permite hablar el mismo idioma que los poderosos. El, el hombre que paga, porque el precio en moneda contante y sonante le libera de toda promiscuidad. El dinero le separa de esta cosa viscosa, humillante, nauseabunda que es la objetivación de la propia miseria. El paga; asunto liquidado, pues. El que paga no tiene porque salir oliendo a cloaca. El dinero vertido levanta una sólida muralla de dignidad absolutamente impenetrable. Al dejar los billetes en la mano, en el bolso, en la mesilla de noche el hombre de bien se siente salvado.





Los hombres miran, observan, escogen. No sin riesgo. El riesgo enaltece el corazón viril voluntariamente envilecido. Ahí están los cartelones con su desfachatez. Los hombres observan con la seriedad arrogante que imprime el deseo en sus rostros. ¿O quizá es que también asoma el miedo?

El miedo humano forma parte del cerco moral.



Y por esta simple razón estas buenas chicas poseen este halo espléndido de maldad y excitan el rencor, la agresividad, la crueldad de este personaje serio, triste, digno, calvo que es el hombre; el hombre que se atreve a entrar en el cerco maldito de las callejas estrechas y las mujeres anchas, del miedo expuesto en las boticas abyectas, del miedo atroz al terrible *treponema pallidum*.



Por la noche en el barrio reluce el cartel PROHIBIDO. A la luz del día en cambio las mujeres callejean a medio vestir, a medio pintar, casi despersonificadas. Hasta que la noche las recoge otra vez, simples objetos, insustituibles según parece, a pesar de las muñecas de material plástico, a pesar de la varia pornografía plastificada. Esa carne abundante que ríe y charla, es a pesar de todo carne viva. Un ser humano dolorosamente cosificado.

La Cruz de Malta protege la noche.

En el mundo antiguo lo pornográfico no fue más que el espejo invertido de una ética. Nadie conoció nunca ni los remordimientos ni las enfermedades venéreas. Pero con el mundo moderno remordimientos y miedo a la peste que se extiende desde los antros del placer se confunden. El mal francés, el mal español acechan en la esquina. Los escritores románticos convierten la luz en la peste vengadora de la justicia, contra la hipocresía, contra el abuso del poder.

La *Spirochate pallida*, descubierta al 1904, empezó a pasarse por Europa a partir del siglo xv y se la supone oriunda de América. El Nuevo Mundo hizo este extraño don a los conquistadores. Los rebaños de prostitutas que los poderosos navieros mandaban a la tierra del oro tenían que defenderse de un enemigo nuevo, del más poderoso enemigo de la profesión femenina más vieja del mundo.



No todas las prostitutas se pasean por las calles mal famadas, no todas cimbrean sus amplios culos risueños por las calles estrechas. El oficio tiene sus estratos, sus gradaciones, su proletariado y sus capitanes de industria.

La prostitución es ladina y se viste de dignidad. La sociedad industrial avanzada le ofrece al negocio amplias posibilidades: teléfonos, coches sport, consejos de administración, conferencias internacionales. A veces incluso se hace difícil establecer los límites de esto que llamamos prostitución. No todas ellas se distinguen como las callejeras de un modo tan honesto, tan gravemente ingenuo, de la llamada mujer decente.

De cuando en cuando, en los altos niveles estalla un casi-escándalo. Digo *casi* porque el escándalo con toda su esplendor no llega a estallar y sus luces de bengala hace ¡pluf! y se van inmediatamente al agua. ¿Por qué? Porque quien o quienes han establecido el negocio poseen sólidas alianzas.

Los románticos nos hicieron llorar a raudales por sus pobres prostitutas buenísimas empujadas a la perdición por la simple necesidad de ganarse la vida.

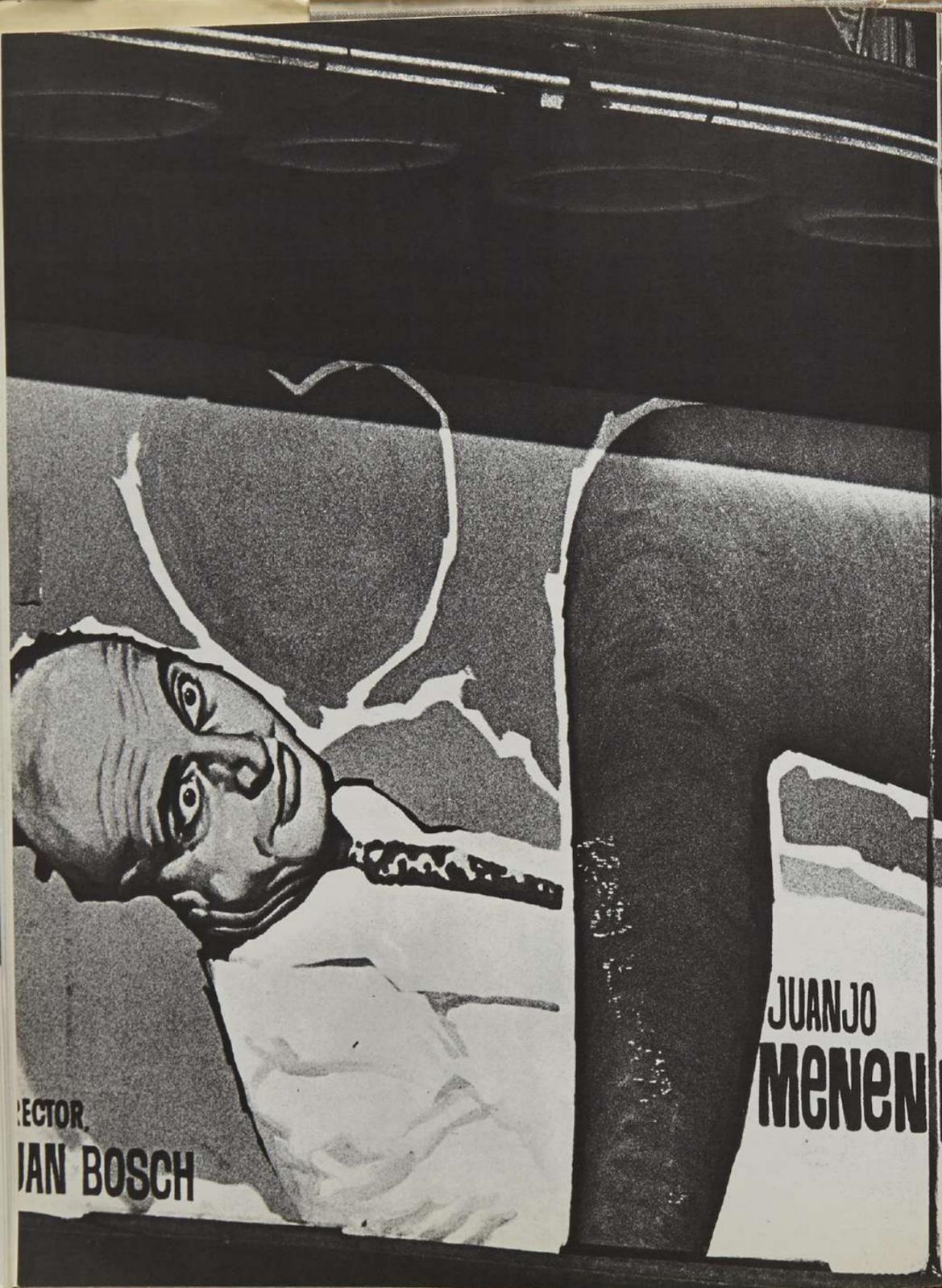
Imaginaban, los románticos, que la prostituta representaba la atadura inconsciente con la tierra madre, la voz antigua de la raza, el grito primario de mucho antes de las inhibiciones de la civilización. Los personajes, desde Manon Lescaut a Margarita Gautier eran tan atractivos que tenían que hacer fortuna. No pensaron, claro, que el mundo de la prostitución reproduce, como un espejo burlón, la misma gradación de valores que conforman la sociedad sana.

Paseantes eternas las callejeras son lo más alegre del gremio.



### DESCUARTIZAR UN CUERPO

Si a alguien se le ocurre reprocharnos a Colita y a mí que tratamos mal el género femenino, que ponemos el acento, demasiado aviesas, en el hecho de su cosificación, le recordaremos que lo único que hemos hecho ha sido sorprendernos de lo acostumbrado. Ni más ni menos, hemos seguido los consejos de dos sesudos varones; de Aristóteles y de Brecht. El primero recomienda el asombro porque, dice, el asombro es el principio del conocimiento. Aquel que de nada se asombra nunca aprende nada.



Así que hemos salido a la calle y nos hemos asombrado al ver tanto muslo suelto, tanto pecho agrandado, tanta pantorrilla pegada a las paredes y a los faroles. No hemos visto mujeres, fíjense ustedes, sino trozos de mujeres. Como en las tiendas en que se venden aves y caza y se venden a piezas y al detall, hemos encontrado piernas enteras y por partes, caderas y pechos esparcidos por los escaparates de la ciudad.

Y naturalmente nos hemos asombrado, y además con el crítico asombro que recomendaba Brecht, quien predicaba que no se aceptaran como normales las insistentes injusticias de los hombres, que lo injusto no por lo habitual deja de ser injusto, y el insulto a la dignidad humana no por lo corriente tiene que dejar de asombrarnos.

Un ser humano es un todo, no puede ser descuartizado ni física ni moralmente, pero esta sociedad tan sensata y ordenada, que tantos quisieran inamovible, descuartiza con gran facilidad un ser humano, vaya si lo descuartiza.

Se trata de separar de un todo cada una de las partes que pueden ser utilizadas como motor para el deseo. Vamos a ver: muslos, pantorrillas, nalgas, pechos, ombligo y para que algo explique que los trozos corresponden a un mamífero superior, entre tantos pedazos, asoma un rostro. Una parte muy concreta claro está, de este rostro: la boca.

Pero no una boca que habla, una boca que se muestra simplemente, pintada al rojo vivo, expresiva del sexo no de la mente.



No es necesario que nos adentremos en el bosque de la pornografía para descubrir como se destruye un ser humano, como se le hace añicos, como se le utiliza miembro a miembro, que se seleccionan según el grado de erotismo que contienen, grado y matiz que varía según la cultura heredada. Descuartizada así, la mujer permite todos los atentados de la ira que impregna la libido reprimida.

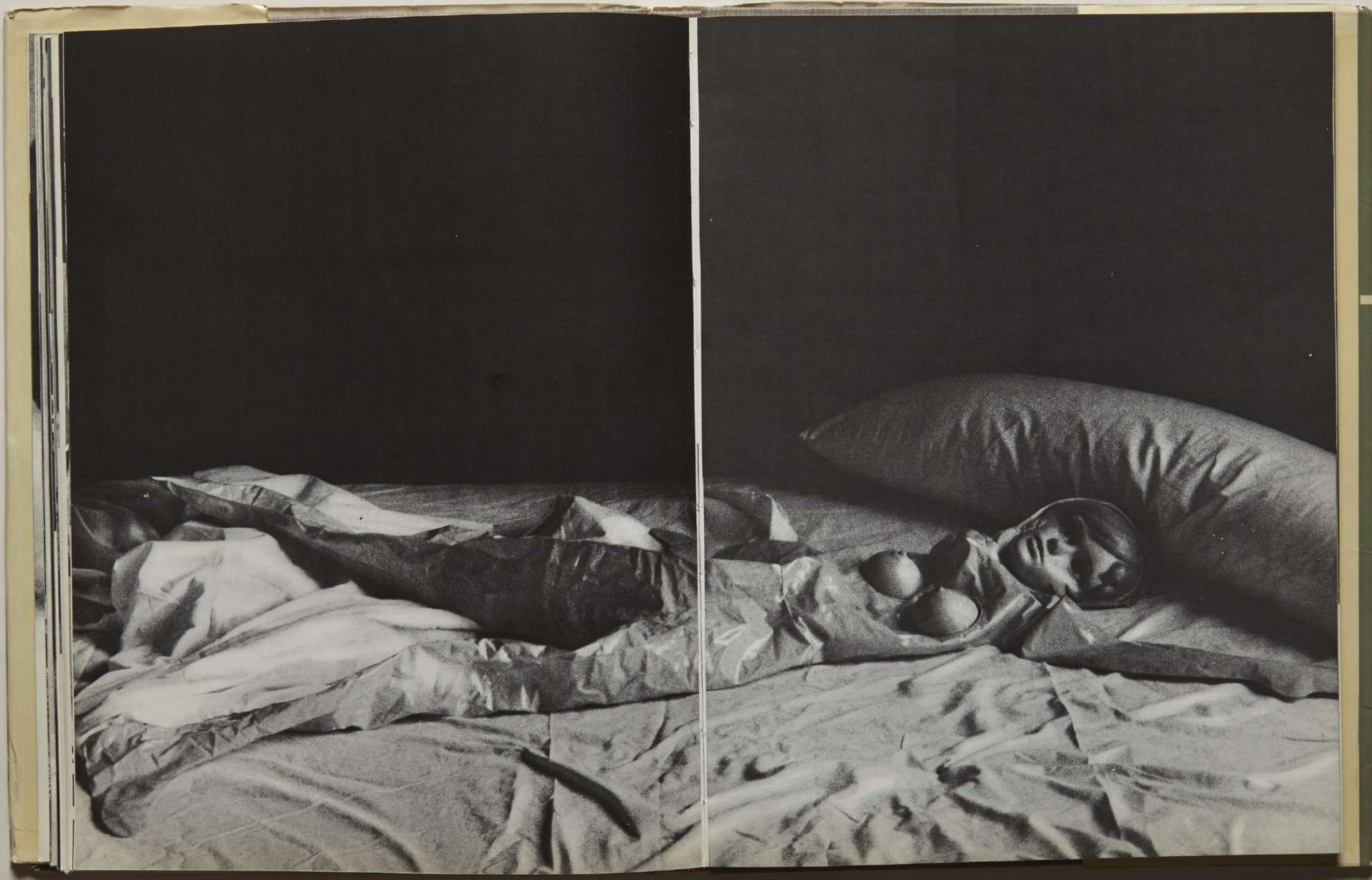
La mujer entera es todavía una persona y podría resistirse a este trato vejatorio; descuartizarla, aunque sólo sea en imagen, es demostrar que únicamente es una persona en apariencia.



¿Se acuerda alguien de la *pin up*? Traducido a la lengua castellana, incapaz de las síntesis emotivas facilísimas en la lengua inglesa, quiere decir: Muchacha que por su atractiva anatomía merece ser clavada con chinchetas en la pared de un cuarto de soltero, en la taberna, en el interior de un camión, en la taquilla de un soldado...

Si decidimos hacer una síntesis, no emotiva sino lógica, la podríamos llamar: estímulo erótico.

Y este estímulo tiene que ser agrandado, claro, cuando reclama la atención de la persona colectiva que pasea por la calle.

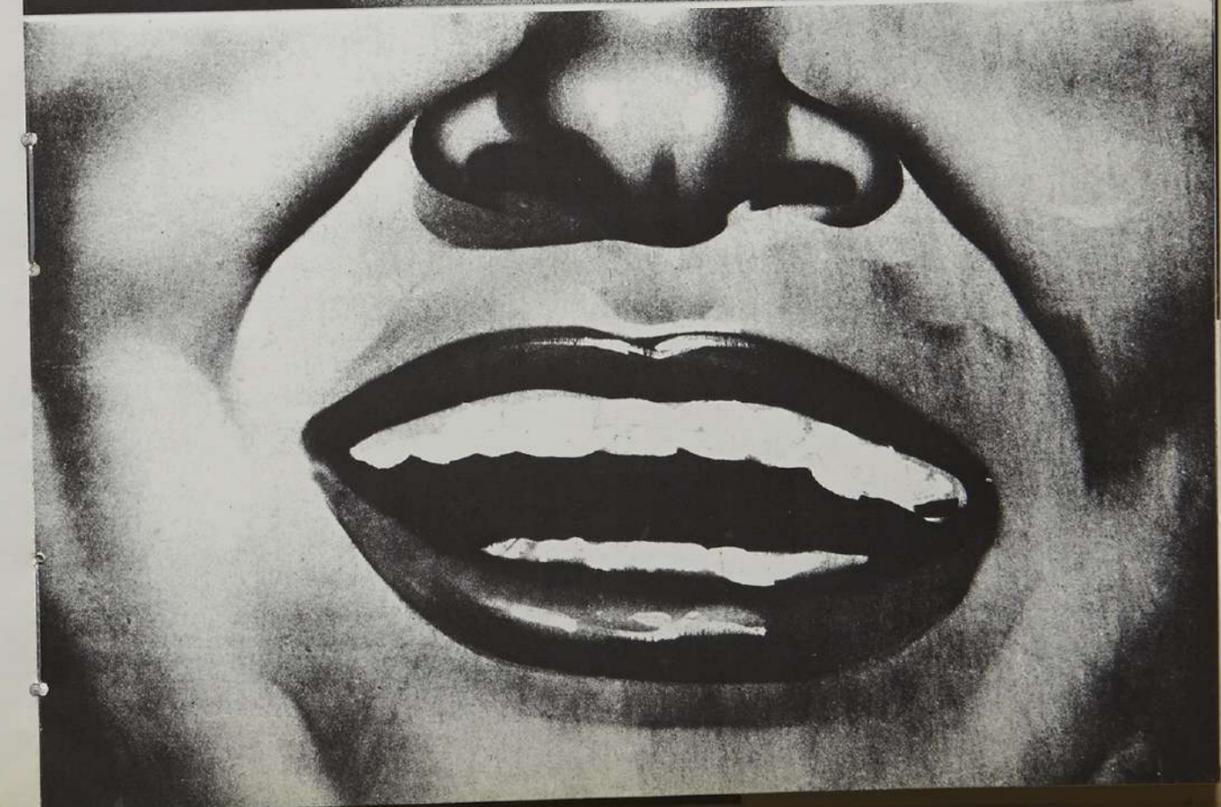


No olvidemos que el ser humano es el único animal que hace el amor cara a cara. Esta actitud tendría que dar como resultado la actividad de los dos seres que se encuentran en el momento del amor. Pero el ser humano no es un ser natural, sino el producto de una cultura. La cultura conforma actitudes y distribuye papeles y el macho de la civilización occidental se ha atribuido el privilegio de la actividad.

He aquí el ideal: una mujer absolutamente disponible, que no dice nada, que se abandona completamente, que lo admite todo, caricias o vesania... muerta o viva, lo misma da. La muñeca hinchable es perfecta más perfecta que un cadáver, más perfecta que la prostituta que se hace la muerta, cobrando una tarifa más elevada.

La boca adquiere en la iconografía de nuestro mundo occidental un lugar privilegiado. La boca como una flor, como la expresión del sexo. ¿No llamaron los sabios teólogos al sexo femenino *os vulvae*?

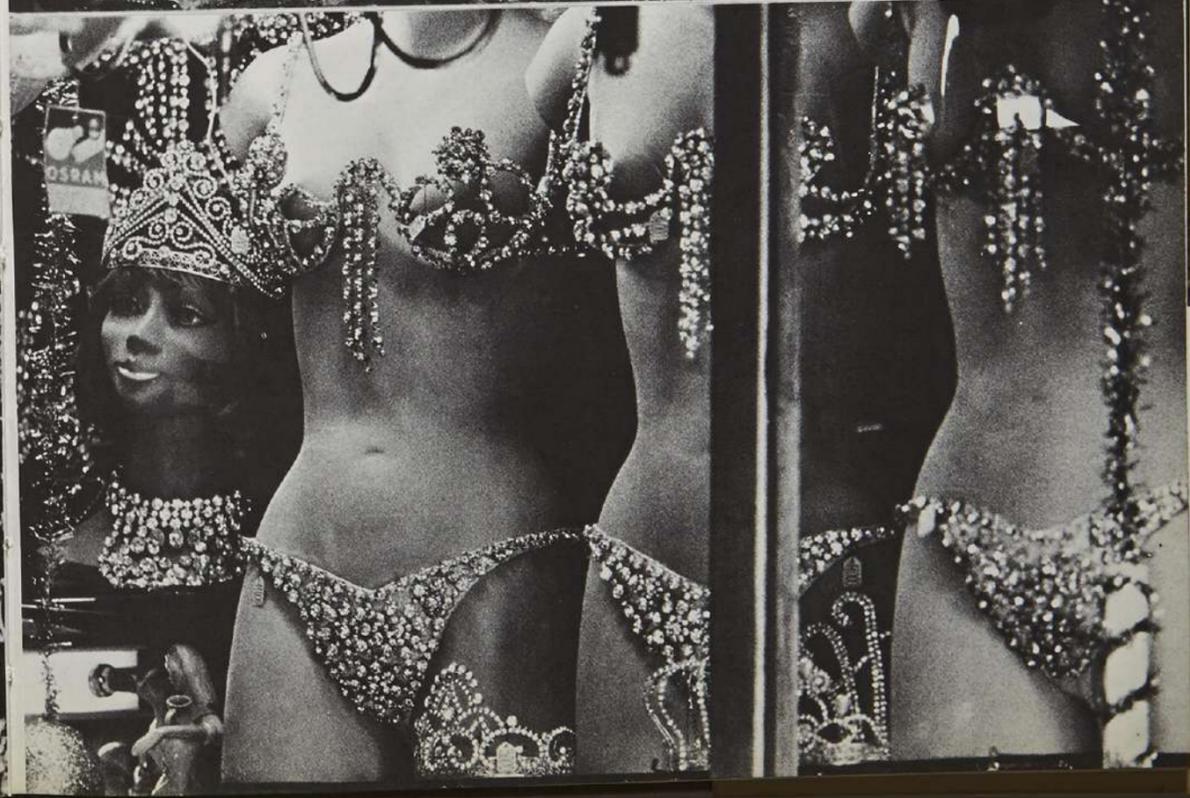
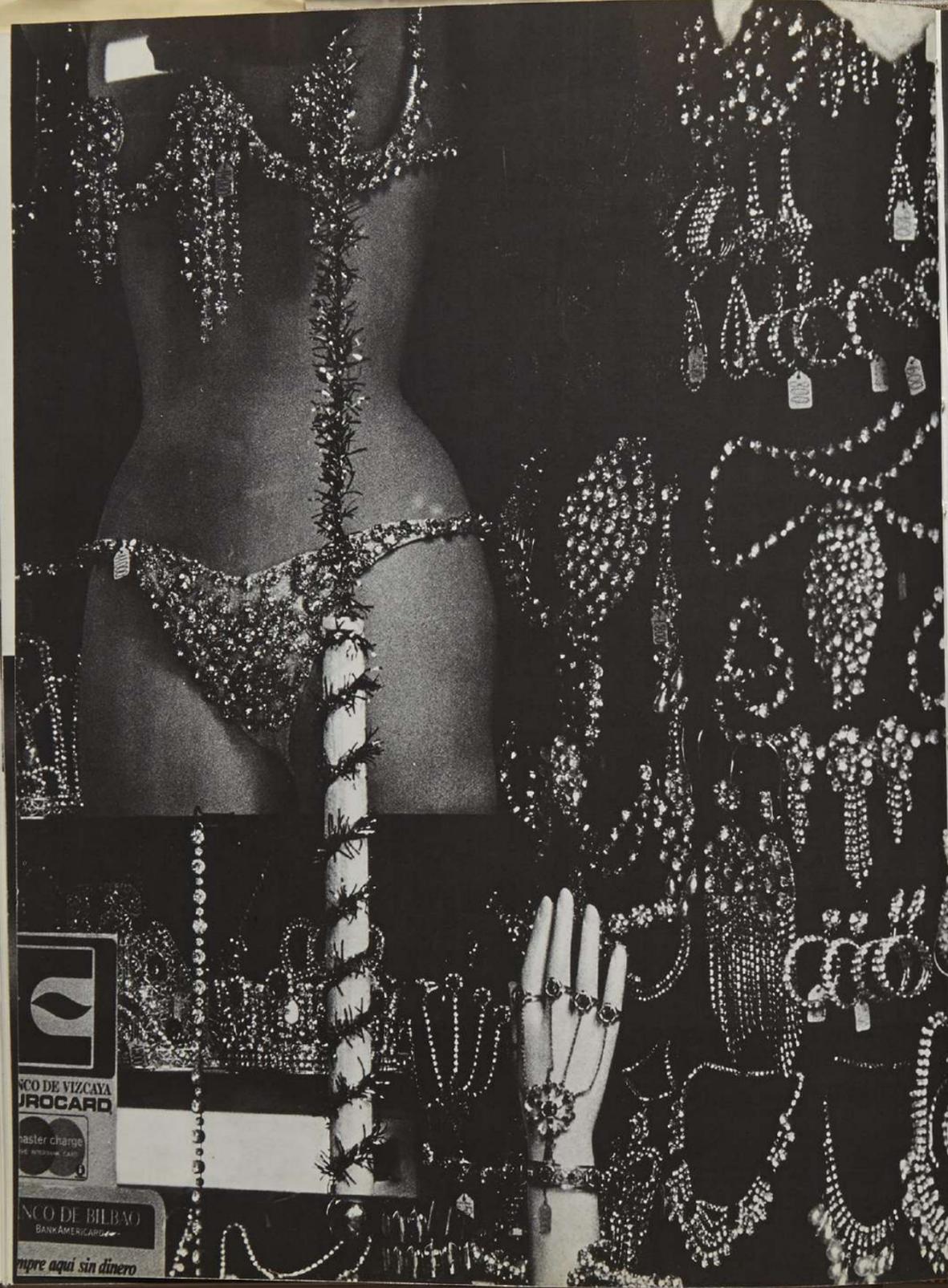
El beso en la boca es en el lenguaje gráfico el preliminar obligado del acto sexual, lo que resulta en muchas civilizaciones algo desconocido y aun risible. En nuestro mundo, y sobre todo gracias al expresivismo cinematográfico, se ha convertido en símbolo elemental. Una boca entreabierta fue el gran descubrimiento de la oleada de mujeres sexo que se levantó en torno a la Guerra Mundial. Los labios muy rojos, gordos, entreabiertos por una respiración entrecortada fue el gran reclamo de la mítica Marilyn. Una boca no para hablar, sino para ser besada.



Las manos no sirven para cojer las cosas, no sirven para hacer nada, sirven sólo para mostrarse, para estar. Manos lacias como ramos. Estrechar la mano, como saludo, fue uno de los primeros signos reivindicativos de la mujer, de la misma mujer que antes la ofrecía para que le besaran los dedos sin fuerza.

Las uñas largas y afiladas son también el símbolo de esa inutilidad. Uñas largas que entorpecen el trabajo, que muestran, como signo distintivo, la aspiración a la inmovilidad que es la máxima aspiración de la mujer perfecta.





La mujer rodea el tesoro apetecible de sus porciones eróticas de una aureola de riqueza.

Es inevitable pensar cuando las ves llenas de plumas y de perlería, lentejuelas y piedras de brillo, cuanto les ha costado todo este lujo de latón. Es un lujo cínico el lujo de las revistas baratas, pero a fin de cuentas no es un lujo demasiado diferente del lujo de los dueños del mundo.

A otros niveles y con mayor astucia, la moda subraya la realidad de la mujer como objeto erótico. La verdad es que nuestro contexto cultural no nos permite separar sexo y dinero.

Lo que la propuesta publicitaria exalta es la necesidad imperiosa de satisfacer el deseo de salud, felicidad, poder y belleza, fuerza y orgullo. El ideal se halla en la madurez poderosa que ha sabido conservar el encanto de la juventud.





Dinero y sexo se identifican. Todo tiene un precio, las relaciones sociales y las relaciones sexuales. Todo lo necesario para la conquista del placer puede comprarse: coches, vestidos, ropa interior, alcohol, perfumes, jardines, piscinas, playas, la música de fondo.

¿Cómo vamos a sorprendernos de que los atributos sexuales de las mujeres sean tan importantes para la iconografía publicitaria? Pechos, nalgas, muslos... son esenciales para la venta de neveras, calcetines, televisores... Porque los pechos y las nalgas y los muslos no son lo que demuestran ser, sino lo que significan como objeto comprado.



### *LA MUJER MARGINADA EN LA SOCIEDAD*

Ha sido exaltada por los poetas. ¿Cómo no? Algunos escritores se han acercado a su mundo simple, depauperado, al margen de todo. ¿Cómo va a realizarse la vida de una mujer, un ser marginado, dentro de una sociedad marginada?



Lo más simple es pensar que los gitanos nos ofrecen el ejemplo viviente de una vida primitiva ¿No es lo nómada anterior a lo sedentario? Así pues, el grupo familiar que se instala debajo de un puente, con el carromato como única vivienda, es un grupo humano más antiguo que el grupo que vive en la granja o en el pueblo.

Pero ¿cómo se puede llamar primitivo a un grupo que se sobrevive a sí mismo, guardando costumbres y modos de hacer propios mezclados con creencias y leyes absorbidos de lo ajeno que le rodea?



Porque no se trata solamente de la marginación, sino de la marginación de la miseria. Ni siquiera podemos comparar su marginación con otras marginaciones famosas, la de los negros, la de los judíos. El poder negro da miedo, representa la fuerza, la fuerza de los más, acrecentada por el poder de lo vital e incluso, aunque sea mítico, el poder de la ferocidad, que existe en su forma agazapada y amenazante. El poder judío es el poder del dinero o de la inteligencia. Pero los gitanos no dan miedo, molestan simplemente, irritan simplemente. Sólo por el hecho de que son lo otro, lo no adaptado.





Son nada más que un núcleo de resistencia al proceso económico y cultural.

Forman una pequeña unidad familiar.

Están humildemente al margen.

Tan humildes son que ni siquiera fueron nombrados en el proceso de Nuremberg, a pesar de que los nazis asesinaron medio millón de gitanos.

Medio millón de gitanos fueron sacrificados en los campos de concentración y a pesar de ello nadie habló de la persecución del pueblo gitano.

Debemos suponer que, para los vencedores los gitanos tenían el mismo valor que para los criminales vencidos. En el documental rodado durante la legendaria destrucción del ghetto de Varsovia, en 1943, los alemanes especifican que se trata del exterminio de judíos y bandidos.

¿Cuál es su mundo? ¿En qué consiste su cultura? Podríamos decir que el grupo étnico ha quedado reducido al grupo

biológico. Es por lo único que el pueblo gitano ha luchado, por la unidad de su clan.



Las comunidades gitanas son pequeñas. El núcleo central de las comunidades es la familia, en el sentido de familia romana, de *gens*.

¿Cómo vamos a hablar de la promoción de la mujer gitana, si la mujer gitana no tiene otro horizonte que el ser mujer y gitana? ¿Cómo podemos pensar que va a lograr una realización como ser humano fuera del clan, si nadie puede escapar del clan, si la realidad gitana no se da jamás en forma individual?

Los gitanos no son nunca diestros en algo. No sienten nunca una vocación para algo. Su modo de vivir es el subsistir. Así luchan mínimamente para esta subsistencia.

La mujer gitana vive encerrada en esta profunda raigambre biológica.

Nada puede librarla de su ser genérico. Y el fatum se da en ella por la doble pasividad de raza y de hembra. De ahí su intensidad trágica.

Ella es la realización de la imagen mítica: la mujer sentada cerca del fuego, no lejos de la fuente, cuidando de la tienda, de los hijos, de la comida, remendando la ropa... mientras el hombre sale a buscar la comida del día, justo la comida del día.

Ni siquiera ha entrado en el período de la cultura humana en que el ocio de la mujer sentada cerca de la fuente dio lugar al tejido, a la confección de los cachibaches caseros, al afán de la agricultura. Todo esto lo hallaron hecho; nunca fueron lo bastante primitivos para tener que crear, nunca pensaron en el riesgo de la desaparición y así jamás fueron precavidos. No sintieron el peso del tiempo en función de proyecto, de futuro. Jamás guardaron el agua de la lluvia, ni plantaron semillas.

El mundo gitano no ha penetrado jamás en el ámbito de la imaginación. Las mujeres gitanas jamás han penetrado en el oscuro agujero del futuro. Como los hombres de la tribu se han quedado en la parte de acá, en un presente continuado, necesariamente fatalista, necesariamente inestable.





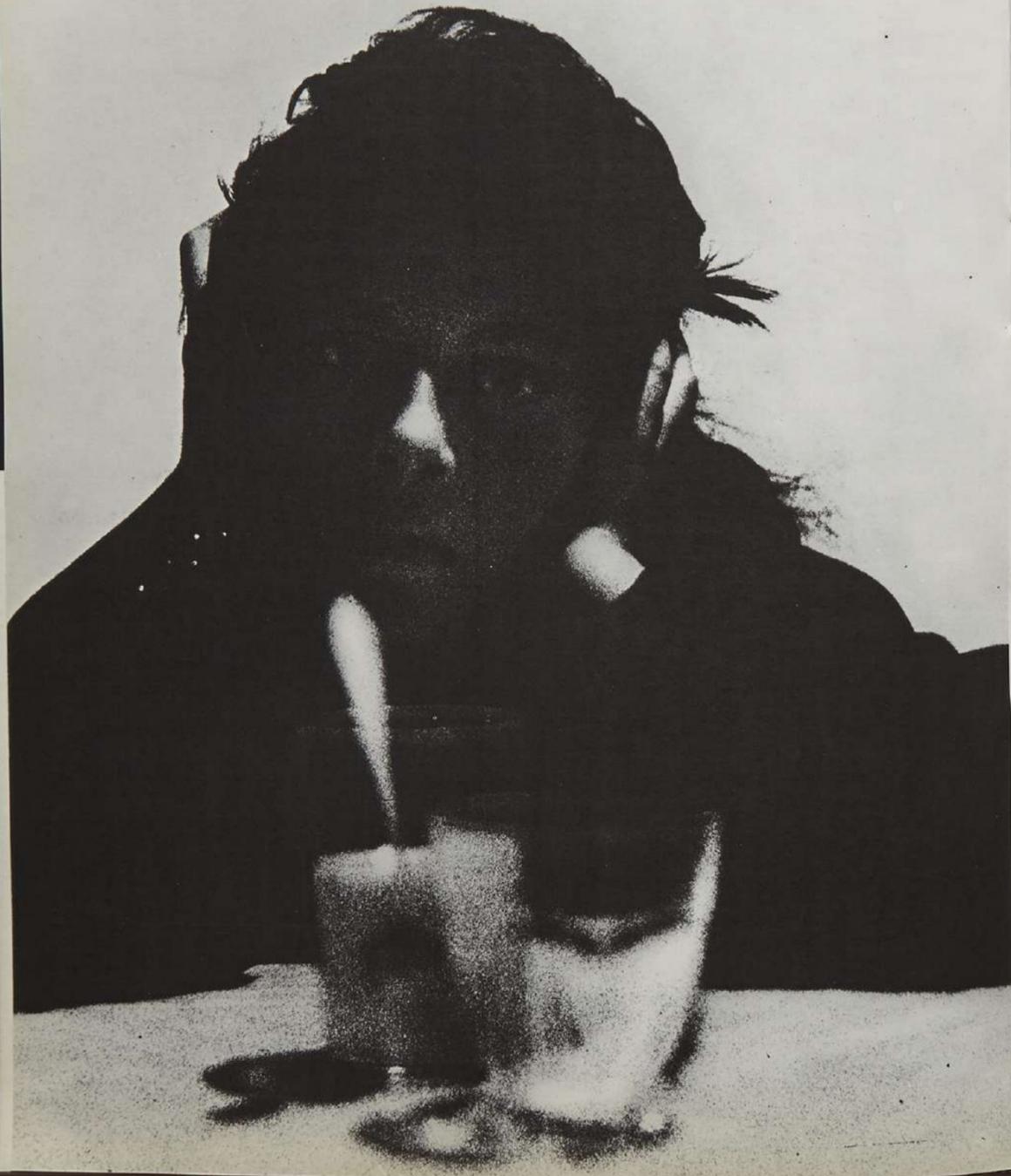
La mujer gitana diríase que se halla en un estadio previo a la elaboración de la feminidad como dato de cultura. Su belleza es una belleza tensa y erguida como la belleza de un árbol. Así como los niños tienen la gracia tierna de los cachorros.

La mujer gitana nace mujer. Madura pronto y envejece pronto. Envejece noblemente, como si se instalara en la vejez como en un trono.

¿Cómo distinguirla caracterialmente del hombre, si el modo de ser gitano se confunde con lo tópicamente femenino?

El carácter gitano es inestable, básicamente emotivo, con una memoria colectiva que se produce en forma de rencor.





No lo olvidemos. El impulso primero que determina el deseo de emancipación de la mujer nace del deseo de convertirse en persona. Y ser persona es deshacerse de lo genérico para realizarse como individuo. La realidad gitana se manifiesta en forma colectiva, la comunidad gitana es el yo. El yo separado, personal, con destino propio, voluntariamente elaborado no existe.



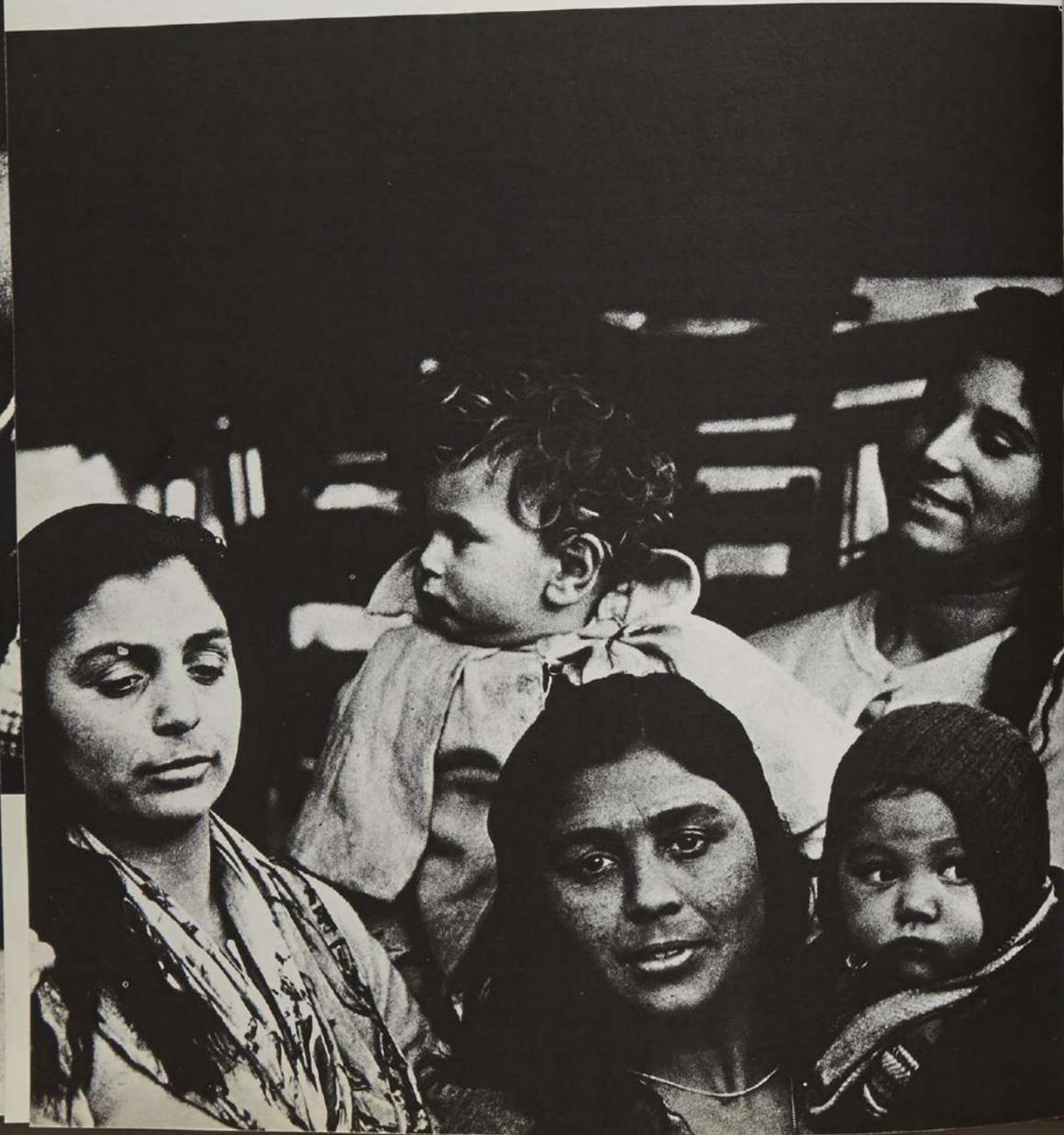
El gitano se manifiesta siempre comunitariamente.



Ante la muerte. Ante el peligro. En la fiesta.

La mujer gitana que quiere emanciparse, tiene que emanciparse, al mismo tiempo, de su ser gitano.

En el libro *Lo gitano, una cultura folk desconocida*, Francesc Botey explica la historia de una emancipación femenina, en el seno de la sociedad gitana. Es la historia de Papusa, la muchacha que aprendió a leer a escondidas. La dueña de una tienda, una mujer hebrea le enseñó a leer:



«Yo robaba gallinas y se las llevaba para que me enseñase a leer. Así aprendí y así estuve preparada para leer muchos periódicos y algunos libros.»

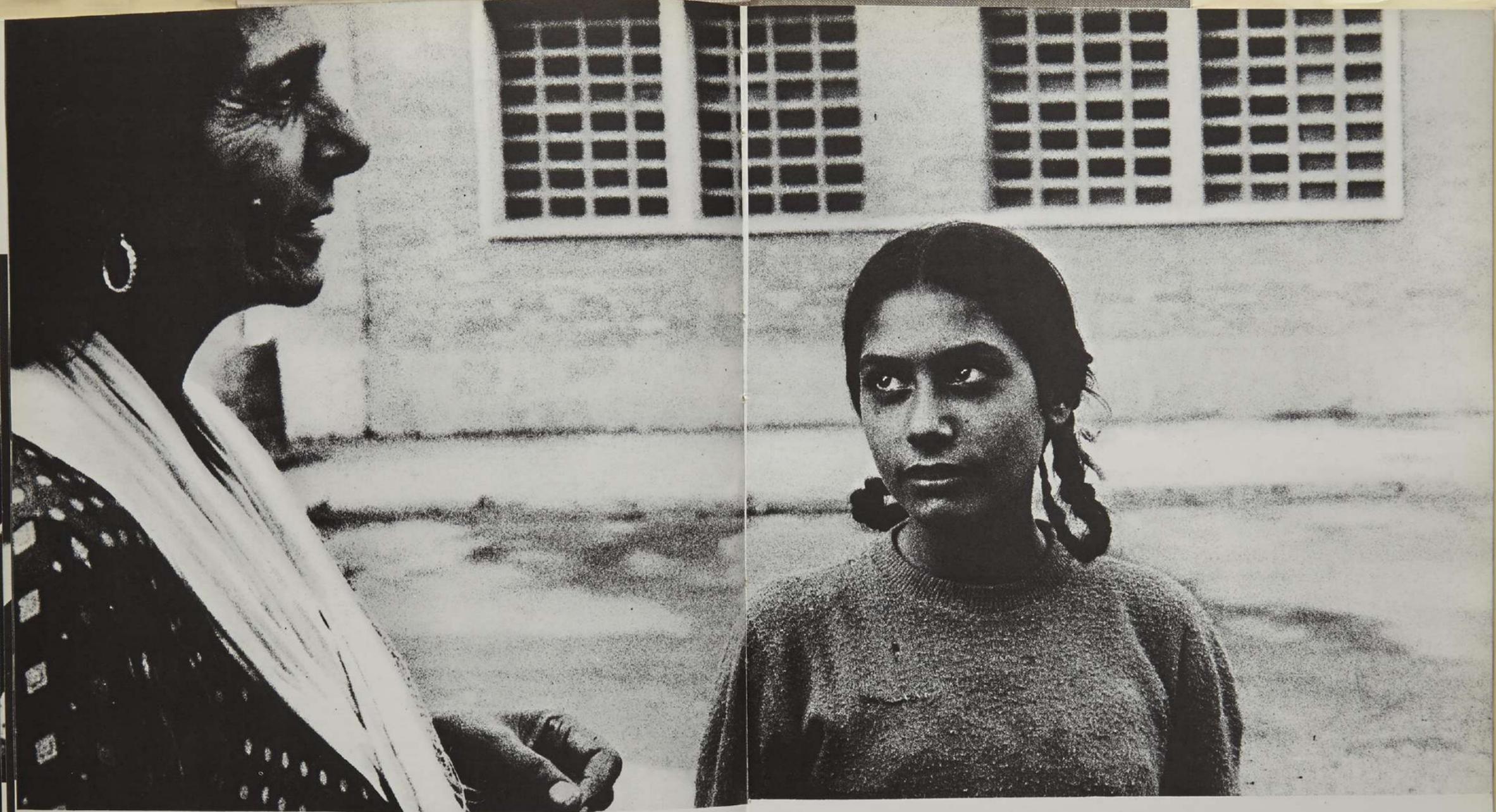
«Pedía a mis padres que me inscribiesen en alguna escuela, pero ellos no querían ni oír hablar de ello. «Vaya —decían burlándose de mí— ¡Se va a hacer maestra!» Ya no insistí; pero continuaba leyendo hasta que me dolían los ojos.»



La mujer gitana tiene que romper la imagen cultural, que el clan le ha impuesto, para llegar a ser una persona, un individuo con plena capacidad de realización.

Ni más ni menos que cualquier otra mujer. Pero a partir de cero. Tiene que luchar contra la colectividad.

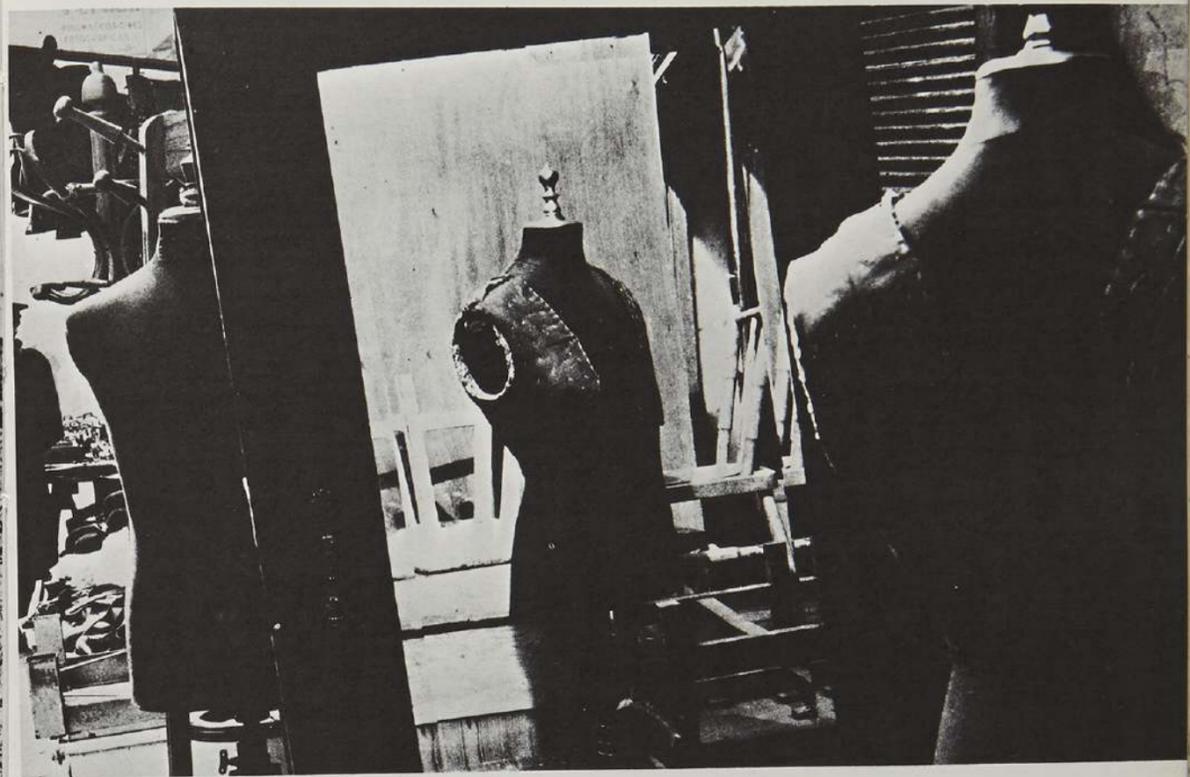
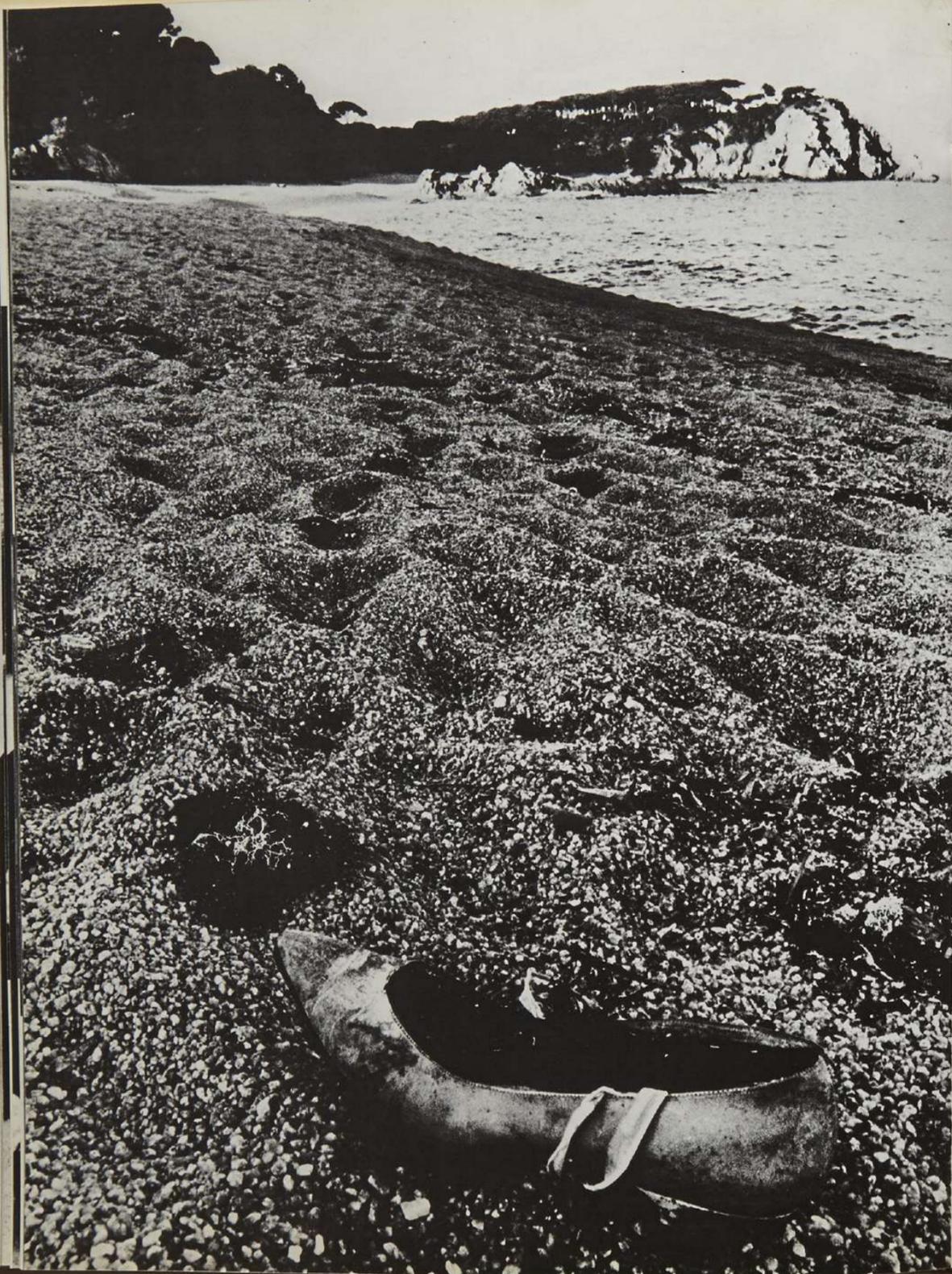




Mientras, se sumerge en la continuidad sin límites de la familia y el clan. La vieja transmite la resignación, el

miedo, la angustia, la inseguridad, la pasividad del pueblo perseguido y acorralado desde siglos remotos.





*EL ARTE DE LLEGAR A SER COSA*

Todo un arte ¿quién lo duda? Un ejercicio constante, una sensibilidad a flor de piel, una dieta severa, vecina del hambre, amenazadora de enfermedades, de depauperación, para lograr esta bellísima muñeca sin tripa ni moca, una bellísima muñeca que casi flota fuera del espacio y del tiempo.  
¿Es realmente un ideal de mujer?



A mi me recuerdan las geishas de los pies diminutos y el ampuloso tocado. Una existencia dedicada a aparecer. Simplemente a aparecer, sólo a hacerse visibles, adornar el mundo, crear la ilusión de la realidad que trasciende lo cotidiano, que empuja al hombre, al macho, hacia un deseo que no queda limitado en la satisfacción sexual. El mundo de las geishas que garantiza la inmunidad de la paz oscura del hogar, la paz oscura del hogar sin diálogos, ni fiestas, sólo hijos. Las geishas llenando de gracia, de fantasía, de cómoda belleza, de falsa y cómoda belleza el mundo de por sí tan áspero, de por sí tan agresivo. Es preciso dejar fuera el mundo del quehacer masculino, con los zapatos llenos de barro.

Como las geishas de pies pequeños, de peinado ampuloso, de cuerpo invisible de tan sutil, las maniqués han creado este nuevo ser que en algo se parece a las mujeres.

Nuestras modelos garantizan algo más que el orden, garantizan los buenos negocios, actúan de estímulo de mercado, crean a su alrededor un mundo de opulencia, y dejan fuera, en la calle, lo concreto, lo carnoso, lo simplemente vivo. Bajo los focos, en el claroscuro de la fotografía, en el bigarrado lleno de azul y rojo del color están: pómulos salientes, ojos cercados de negro, bocas desdeñosamente abultadas, cavalgando en espléndidas altas piernas, ligeras, con el cuerpo pequeño y frágil, y, casi inexistente, la cabeza.

Y las manos. Las manos y los pies grandes y nerviosos. ¿Se ha fijado alguien en las manos de las modelos? Son nervudas, huesudas, estrañamente, prematuramente envejecidas. Como manos de bruja que hubieran estado trabajando en la alquimia terrible de convertir un cuerpo humano en algo absolutamente arbitrario, tan bello como un bibelot, tan bello como un pedazo de oro o una piedra preciosa, tan bello como un amuleto o una vasija.



Las modelos, como las geishas, necesitan poca cantidad de cuerpo, porque lo importante es el vestido, las pieles, las joyas, que lo cubren. Lo más importante para una geisha y para una modelo son los huesos, suavemente cubiertos por un fina partícula de músculo; unos bellos, alargados y armoniosos huesos.

Las modelos se dieron cuenta muy pronto de la amenaza que se cernía sobre ellas: la secuela del hambre. Es impresionante que el lujo vaya acompañado de hambre. La medida tiene que ser exacta, ni un milímetro más.

La delgadez ha sido bella siempre o por lo menos bellamente espiritual o por lo menos elegante y aristocrática. Las mujeres amadas fueron siempre ligeras, etéreas, frágiles. La mujer rolliza entró, en el mundo del arte, por la comedia.

Pero en la literatura está permitido olvidar las exigencias de la fisiología; una mujer puede estar delgadísima y poseer un cuerpo sin agudezas molestas.

Puede moverse flotando en el aire, sin que su piel se deshidrate. Puede inclinar la cabeza con todo el peso de la cabellera densa, vincando el cuello de cisne, sin que ni una arruga modifique el dibujo suave del gesto.





Pero la realidad pinta rasgos duros sobre las líneas maravillosas; no las afea, cierto, diríase que acentúa malignamente la belleza.





La realidad tensa la piel, la hace áspera, empuja los huesos, como si quisiera rasgar esa piel mate y finamente rugosa; tensa como cuerdas de un raro instrumento los tendones del cuello; hace crecer hacia adelante el fruto, sabiamente enrojecido, de los labios; hunde los ojos tras el tizne de los párpados, tras la sombra irizada de las pestañas. Los ojos ven, sin duda alguna tenemos que creerlo, pero no miran. Están ahí como un objeto, para ser vistos no para mirar. Parecen un erizo de mar en el fondo del agua, parecen un ciempiés inmóvil, parecen dos amuletos, puestos ahí en lugar de los ojos.

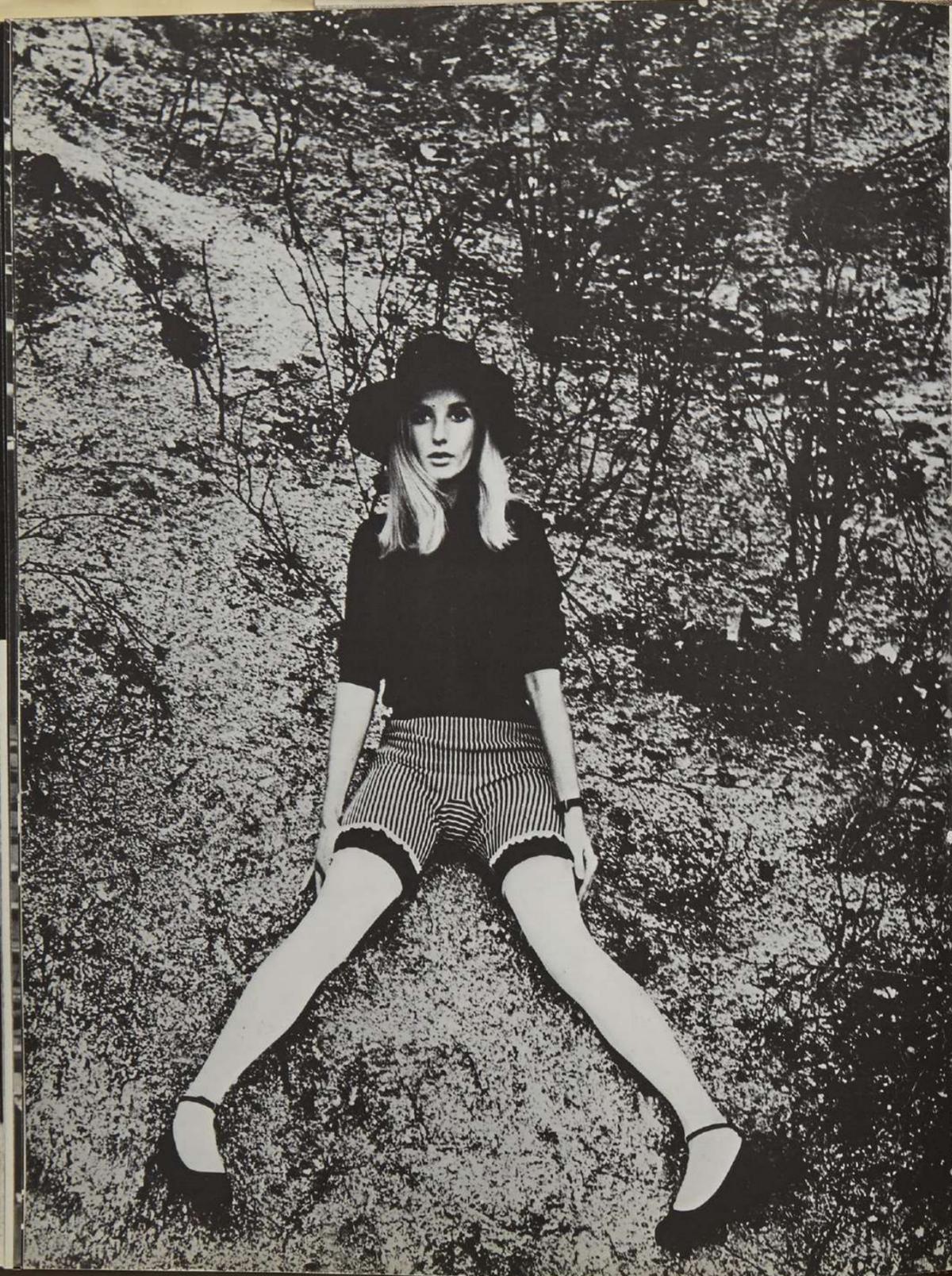
La rara belleza de estos cuerpos que mueven a su alrededor los ricos y fantásticos ropajes, se hacen más evidentes cuando contrastan con seres humanos corrientes como las vendedoras en los mercados, como los niños callejeros, como los guardias de tráfico o simplemente ante los mirones que circulan por la calle.

¿Alguien ha visto transformarse una modelo? Es un proceso impresionante. No hay máscara más completa que la máscara que logra, con pintura y gesto, una modelo. Una máscara que no se limita al rostro, sino a todo el conjunto. Un conjunto que deja de ser articulado, como si brazos, piernas, manos, caderas, y pechos adquirieran una autonomía y estuvieran sólo por casualidad asidos a una misma gesticulación.



Cierto que hay muchas clases de modelos y las hay casi humanas. Ciertamente que hay modelos que se convierten en estrellas de cine y en esposas de grandes magnates; entonces este período modélico ha sido un largo período de ascesis para lograr una esfera más alta, una esfera de reposo y dignidad.





Es inútil, por más esfuerzos que hicierais, jamás os libraríais de estas imágenes alucinantes, de estos figurines que no se parecen a nadie, pero que son el retrato robot de una rara mujer ideal que no existe. Que alguien se entretenga estableciendo las proporciones y se dará cuenta de que ni tan siquiera la *Ben Plantada* fue tan disforme.

La cabeza pequeña, el cuello largo, el cuerpo breve con pechos casi inexistentes, la barriga avanzada, la cintura hundida, los muslos largos, las rodillas breves y el pie grande y fino, he aquí el modelo de la modelo, al cual procuran asemejarse las verdaderas modelos.

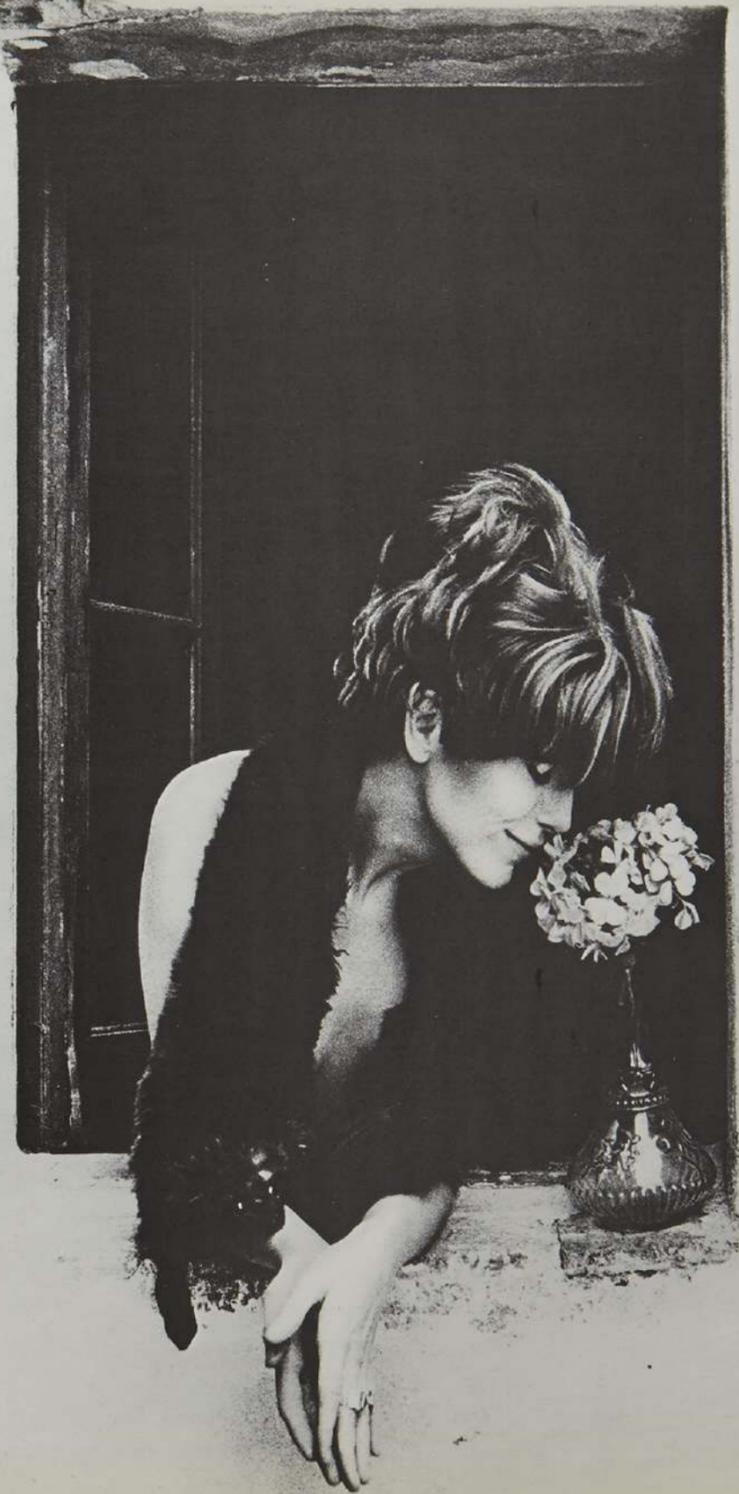
Este físico femenino sirve para todas las posibles modalidades: a) la mujer niña; b) el cimbreado lirio oriental, y c) la adolescente indiferenciada.

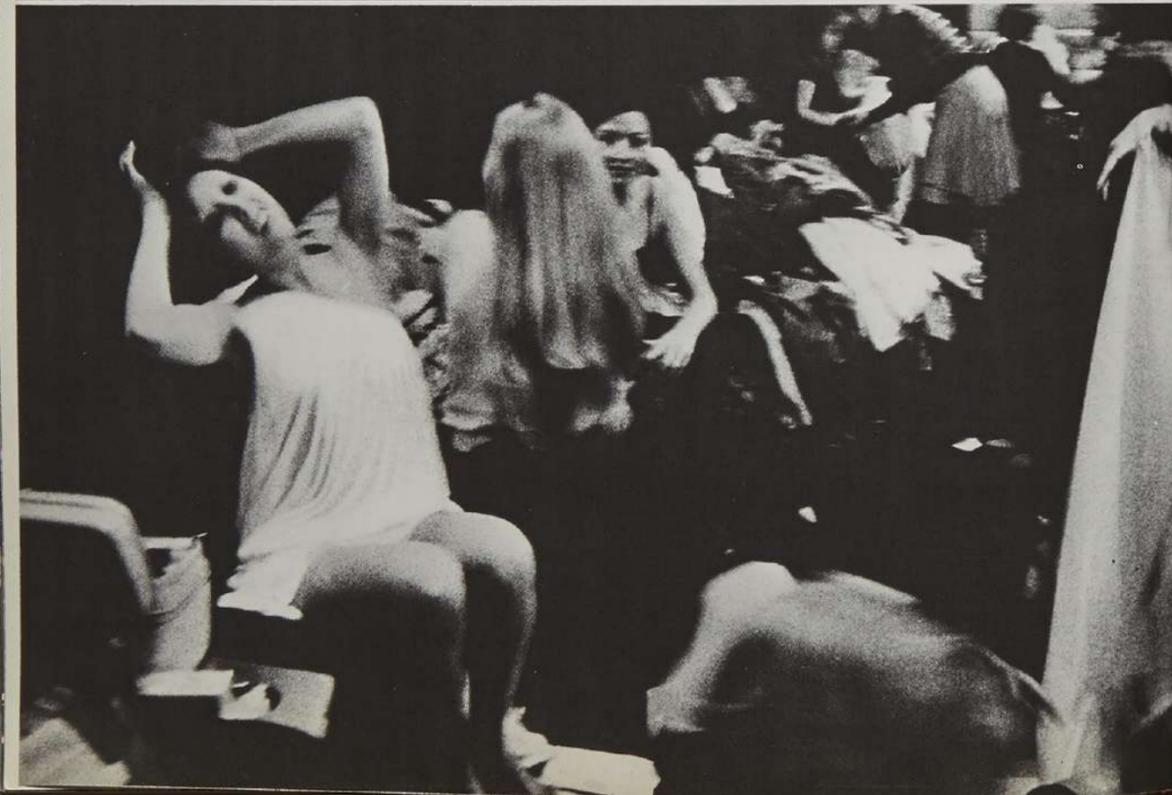
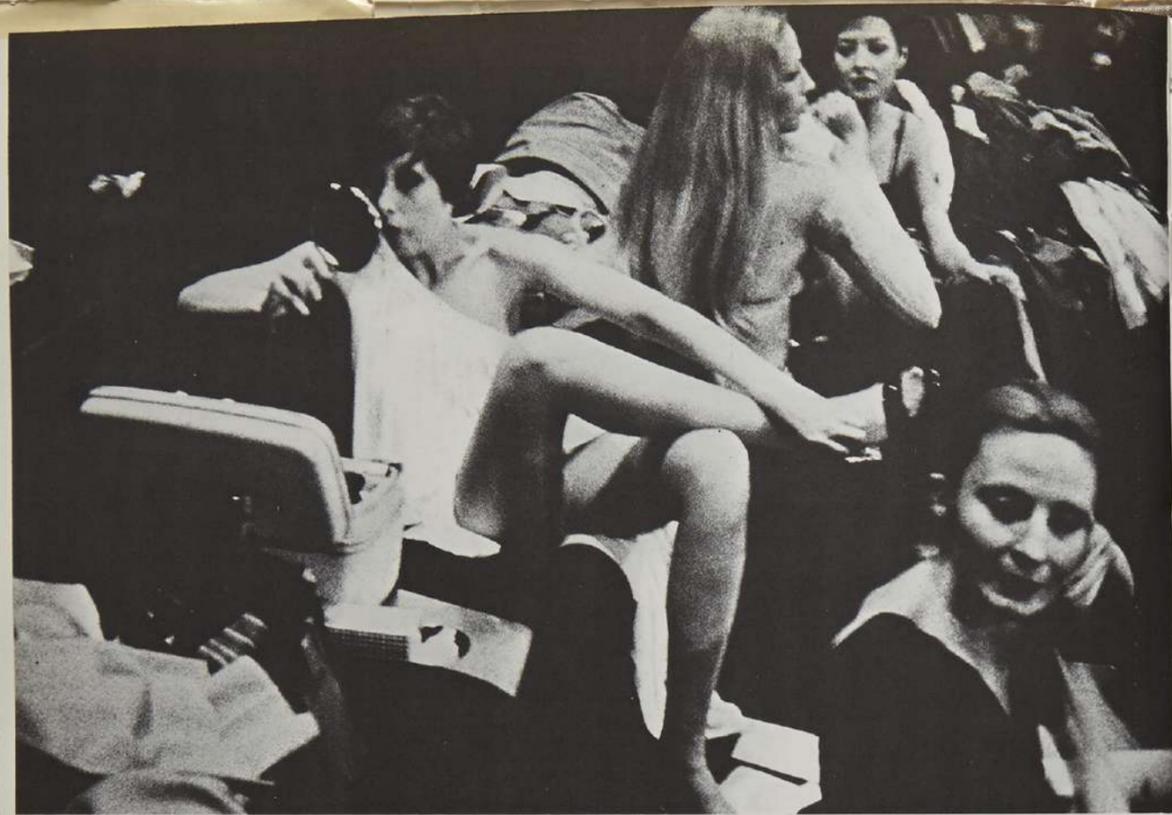


Ninguno de estos tres proyectos de mujer se parece en nada a nuestras abuelas, pero que nadie se llame a engaño, están más lejos de la mujer-persona de lo que lo estuvieran nuestras abuelas. Lo cierto es que los tres tipos que representan son otras tantas formas de evasión de toda responsabilidad.

El tiempo es propicio para esta clase de renunciadas. Qué mejor que refugiarse en la infancia, cuando se hace tan difícil decidir algo por cuenta propia.

Si una se decide a ser mujer tiene que escoger o el camino de la responsabilidad o el de la sumisión. Antes no era así, antes a una mujer se lo daban todo hecho. Ahora no. Ahora tiene que escoger cual será su actitud ante la vida. Qué magnífica solución la de parapetarse en la infancia. Como aquella muchacha inglesa, Alicia, se paseará por un laberinto de animales parlantes o muñecos u objetos vivificados. De este modo no es preciso pensar. El pelo suelto, la expresión siempre sorprendida, haciendo gala de una testarudez poética, una puede moverse por el mundo como si acabara de llegar. El mundo ni siquiera existe, lo parece. Los objetos no son duros, concretos, hostiles, sino más bien blandos e indeterminados.





Siempre produce una gran impresión el proceso del maquillaje y del disfraz. Fue, que duda cabe, un ritual consciente y en cierto modo lo sigue siendo. Los magníficos bailarines del *khathakhali* dedicaban largas horas al bigarrado y mágico maquillaje, mientras consumían tazas de té, y no sólo porque el trabajo meticuloso requiere una gran atención, sino porque el proceso de transformación reclamaba una meditación profunda.

Los modelos también son conscientes de que ingresan a un nuevo estadio a través del disfraz y del maquillaje. Un estadio que potencia su capacidad de ganar dinero y en consecuencia de adquirir el respeto de sus semejantes.

Cuanto más cara es una modelo más respeto produce. El respeto y la irritación del objeto caro. No el respeto a la persona, naturalmente porque para el que paga el objeto caro la persona no existe.

Como en la magia la modelo sabe qué elementos de su rostro son sagrados; qué elementos de su rostro expresan lo que ella es: una imagen de perfección inexistente. Cuando ha perfeccionado la máscara de su rostro, todo su cuerpo elástico se armoniza con la expresión transida e inhumanamente bella del trazado rotundo del maquillaje.





### *EL DISFRAZ*

¡Qué éxito tienen las Majorettes! El éxito de la parodia que nunca defrauda al pueblo, el éxito del disfraz.

Se mueven disciplinadas y procuran repetir cada uno de los gestos serios y trascendentales de los ejércitos del mundo. Se visten con cascos que recuerden los uniformes de guardarropía, para no ofender a nadie. Pero, claro, no se olvidan de enseñar pierna que por eso se hace el espectáculo. Enseñar pierna y vestirse de soldado produce un contraste atractivo y excitante.

Pero de lo que no hay duda es de que, a las Majorettes, se las debe ver de lejos. Vistas de cerca, con la expresión individualizada de sus rostros, el espectáculo se torna inquietante.

Asoma a los rostros una extraña estupefacción casi rayana al espanto.

¡Qué raro ser humano desfila en contraste con los demás seres de carne y hueso, en las Fiestas Mayores! Pero el éxito de las Majorettes persiste. Las gentes se paran a verlas pasar. Hay alguna risa, pero la mayoría de los rostros revelan el asombro y el recelo.





Qué raro animal este de las Majorettes, mitad corista, mitad soldado de infantería. Y con algo de potro de circo también.



Diríase que a la mujer le hace feliz olvidarse de su propia condición y exhibirse marcando el paso, como un hombre, como un varón.



Pero no nos engañemos. No ha sido ella quien ha decidido esta mascarada. Pierna va pierna viene, lo que hacen las Majorettes ha sido programado con toda la intención. Vamos a ver si se animan nuestros distraídos clientes.

Condición indispensable pues para hacer de Majorettes, unas largas y bien torneadas piernas. Unas piernas que se muevan entre la falda cortísima y la bota ceñida.

Unas piernas que sean, como en cualquier revista para señores responsables y con buen crédito, el anzuelo que nadie va a dejar de tragarse.

Que nadie confunda el gesto de audacia de las Majorettes con un gesto de audacia de la mujer que lleva dentro; la mujer parece acurrucada tras esta imagen paródica del hombre.



### *EL PIROPO*

La mujer en la calle, sola.

¿Cómo se atreve a ir sola por la calle, la mujer? Sabe que se expone, sabe que su existencia solitaria es un desafío. ¿Qué hombre que se estime podrá salvarse de este desafío?

Un hombre que se estime al ver una mujer, mejor dicho un bulto que promete ser una mujer, suelta el raudal de sus instintos convertidos por la civilización en metáforas verbales, que hemos llamado piropos.



La metáfora verbal tiene variadísimos matices. Pero la mayoría de los adjetivos que califican la prestancia, el garbo, la belleza o las evidentes partes somáticas de la mujer tienen dos características: la agresividad y la sobrevaloración del mismo macho que los utiliza. Verbi gratia: uno de los piropos más usados es atribuirle a la mujer los atributos del sexo masculino, para explicar la admiración que su presencia produce al piropoador.



El piropo supone que la mujer tiene que sentirse halagada y apabullada a la vez. Halagada porque es importante que un individuo del sexo masculino se digne a fijarse en ella y apabullada porque lo correcto es que se sienta acorralada, perseguida, acosada, sin otra arma que el silencio y el rubor. La mujer ha nacido para escuchar y callar. Puede alguien imaginarse una mujer que conteste al piropo con otro piropo, por ejemplo; que le diga al



piropeante: ¡Olé! ¡Saleroso! ¡Viva tu tipo y tu piquito de oro! No. La mujer permanece silenciosa. La mujer capaz de piroppear al hombre queda calificada por la sociedad como una mujer no decente.

El hombre es el único protagonista de la calle. Sabe bien que la mujer no va a protestar. ¿Por qué va a protestar? En todo caso debe sonreír humildemente y esperar que se aleje el piroppeador.

Siempre puede quedarse meditando sobre el beneficio del piropo. Sola por fin en la calle desierta.



## A MODO DE EPILOGO

Sentadas en la hierba, empezando justo a crecer, miran preocupadas y expectantes, el mundo. No hay para menos.



¿Les tocará algún día, integradas sin recelo alguno en la sociedad del bienestar minoritario, sentarse tras la mesa petitoria, para repartir lismona a todos aquellos a los que se debe dinero?



O quizá, dibujarán sobre su propia piel líneas y colores de una belleza que no existe.



Se casarán o se quedarán para vestir santos. Quedarse para vestir santos, frase definitiva del valor de recurso de la religiosidad femenina. Quien se queda para vestir santos, no lo olvida.



Y la vejez será solitaria o llena de gente próxima y amiga según lo que habrá ido recogiendo por el camino.

¿Por qué debe refugiarse en la resignación?



Quizá es el momento de aprender a vivir, cuando todavía se está en la plenitud de la vida. Cuando todavía es posible quitarse la máscara y tratar de ser, aun a riesgo de vivir en la intemperie, un ser humano de carne y hueso.

*INDICE*

Unas cuantas palabras, unas cuantas imágenes / 7  
Historia de una soledad / 19  
Carrera femenina con seguro de vejez / 49  
Trabajo o faena / 67  
La religión como refugio / 81  
Una profesión arriesgada / 97  
Descuartizar un cuerpo / 113  
La mujer marginada en la sociedad / 129  
El arte de llegar a ser cosa / 155  
El disfraz / 177  
El piropo / 185  
A modo de epílogo / 190

